

V a r i a

LA COLECCION DE ANILLOS OCTOGONALES DEL MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL DE MADRID *

El Museo Arqueológico Nacional de Madrid entre sus excelentes colecciones posee una compuesta por seis anillos con discos de bronce, a la que hasta el presente ningún estudioso ha prestado atención, aunque Thouvenot le dió a conocer en su *Catalogue des figurines et objets de bronze du Musée Archeologique de Madrid*. Burdeos, 1957, sin ningún intento de clasificación o de buscarla fecha. Estos objetos están llamando poderosamente la atención de los investigadores extranjeros en los últimos años ¹. En realidad se ignora su utilización. Probablemente se fechan en los últimos años de la Edad de Bronce. Los que guarda el Museo Prehistórico de Perugia proceden de las excavaciones del *Picenum* y en su casi totalidad se recogieron en tumbas que contenían ajuares y esqueletos femeninos; su fecha son los siglos VII-VI, a. C. El lugar preciso de hallazgo de estos anillos es generalmente desconocido. Se han encontrado en Suiza, en el Norte de Italia, en Umbria y en el Valle del Ródano, Marsella, Vaison y Sisteron.

Paul Bisch (*op. cit.*) en 1954 catalogó las siguientes piezas: Avenches, 2; Sisteron, 1; Marsella, 1; Canobie, 1; Norte de Italia, 2; Italia, 1; Vaison, 1; de procedencia incierta, 1. A este número hay que añadir las publicadas en 1959 por F. de Roux: Fayenza, 1; Francfort, 1; Belfast, 1; un segundo ejemplar hallado en Marsella, hoy en el Museo de Ginebra; ocho procedentes de las excavaciones del *Picenum*, que se conservan en el Museo prehistórico de Perugia; Belmonte, 1, y Ancona, 1. La colección del Museo Arqueológico Na-

* Agradecemos al Excmo. Sr. D. J. M. de Navascués, director del M. A. N., las facilidades de todo género dadas en el estudio de estas piezas, igual que al restante personal del Centro.

(1) LE ROUX. *Notes d'archéologie celtique et gallo-romaine* XI. IV-Anneaux octogonaux en bronze bouletés, *Ogam*, XI, 1959, 348 ss. P. BISCH. *Enigme de l'Age du Bronze, Rhodania*, 1954, 5 ss.

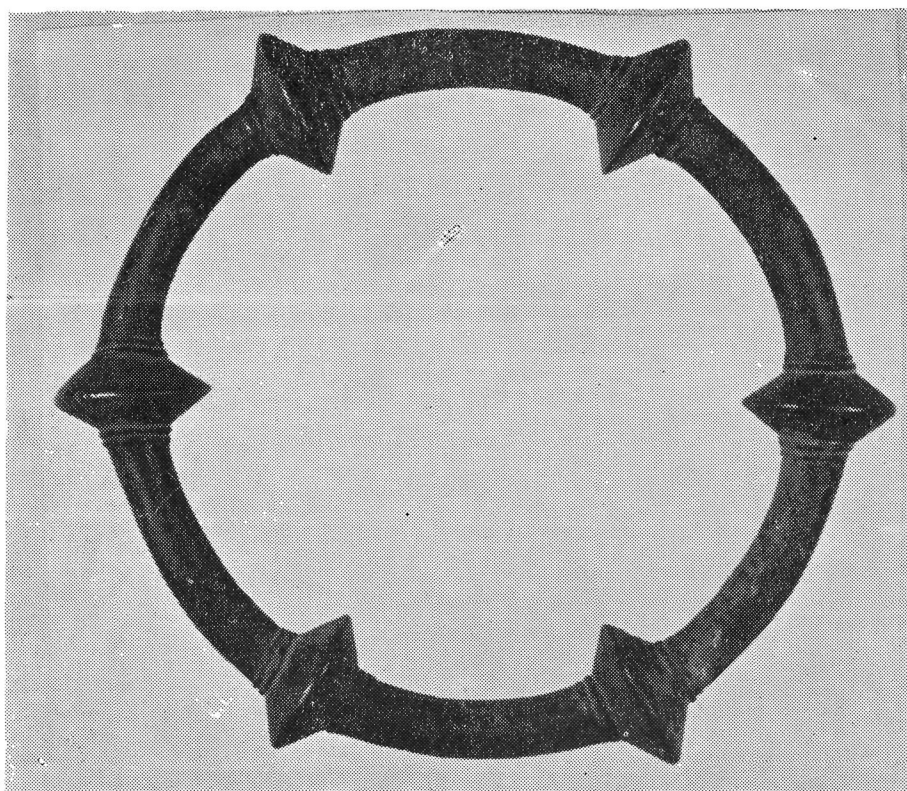
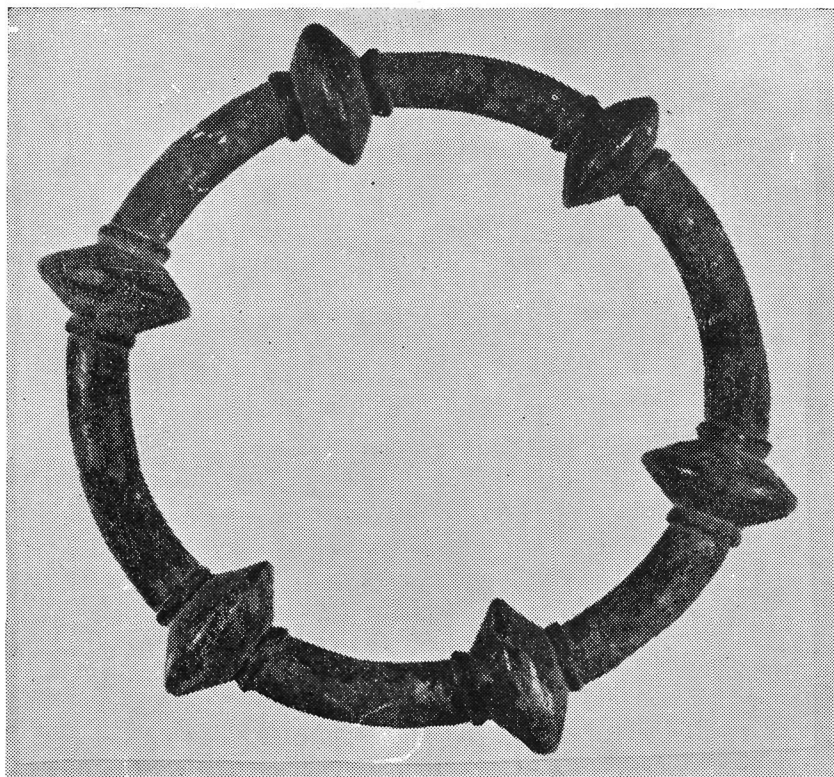
F. BENOIT. *Deux énigmes archéologiques: Dodécaèdre perlé d'Arles et anneau octogonal bouleté de Vichy*, *Ogam* IX, 1957, 105 ss. También P. MARCONI. L. SERRA. *El Museo Nazionale delle Marche in Ancona*. Roma, 58 s. 71. RENARD. *Les Antiquités du Musée de Mariemont*, Bruselas, 1952, 124, lám. 44, I, II.

cional, después de la del Museo de Perugia, es la más importante en esta clase de objetos. Proceden las seis piezas de la antigua colección del Marqués de Salamanca, lo que asigna una procedencia itálica para estas enigmáticas piezas, cuyo uso es desconocido. Su diámetro, muy variable, pues oscila entre 0,10 y 0,155 m. y su peso (600 gr. el ejemplar de Avenches. 1,105 gr. el del Museo Boréley. 2,025 gr. el de Vaison) impiden, como ha observado atinadamente Benoit, considerar a estos objetos collares o torques, anillos de luchador o anillos de contrapeso, utilizados por los vendimiadores en sus faenas. Benoit, que ha estudiado los problemas planteados por estos misteriosos objetos, se inclina a emparentarles con el anillo octogonal del pilar de Vichy y con fíbulas-amuletos.

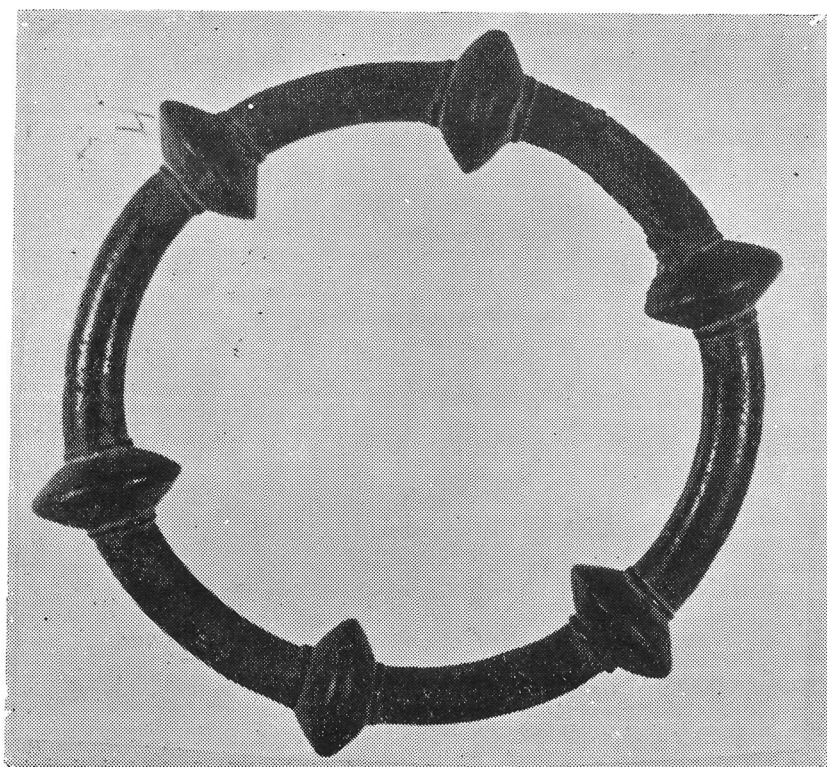
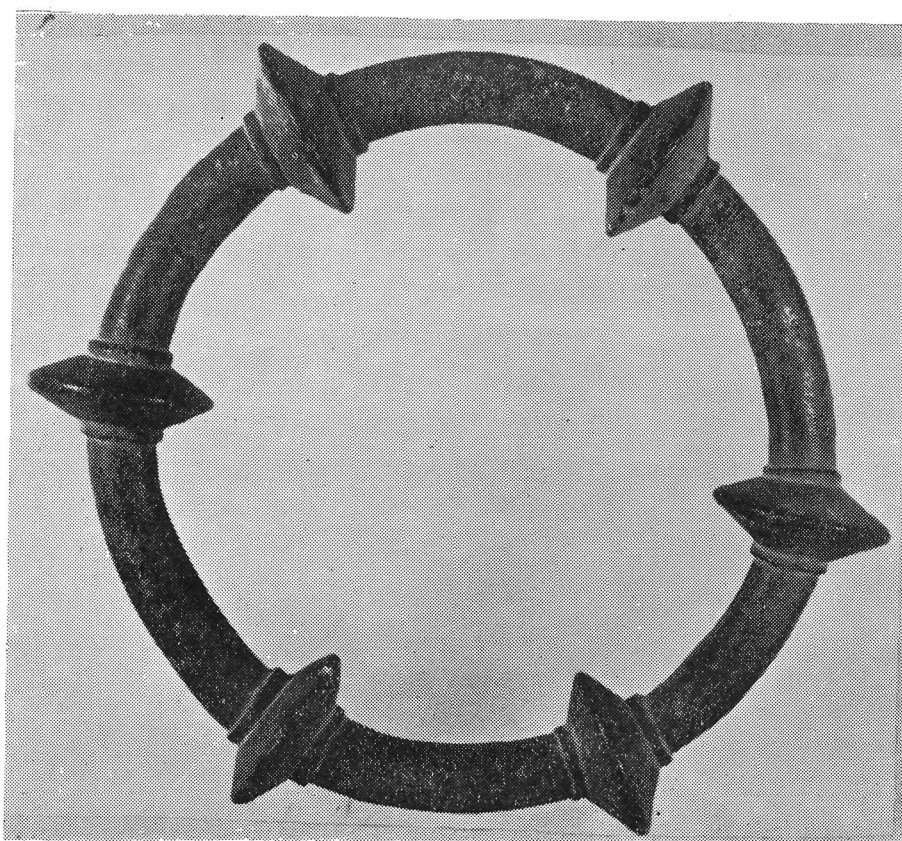
Tendrían, quizás, una significación mágico-religiosa y apotropaica, como parece deducirse del hecho de encontrarse en tumbas.

Cinco de las seis piezas que componen esta colección pertenecen al tipo más frecuente en estos anillos, que consiste en un anillo circular con seis discos de forma de platillos, colocados a distancias simétricas. Anillos sujetan el disco por ambos lados; en una pieza son dos los anillos colocados a ambos lados de los discos. El sexto anillo tiene tan sólo cuatro discos simétricos. Los diámetros de las piezas madrileñas son los siguientes: 22,5 cm. el de la figura 1; 25,5 centímetros el de la figura 2; 19,5 cm. los de las figuras 3-4; 15 cm. el de la figura 5, y 12,5 cm. el de la figura 6. El estado de conservación de estas piezas es excelente. Su color es el corriente del bronce.

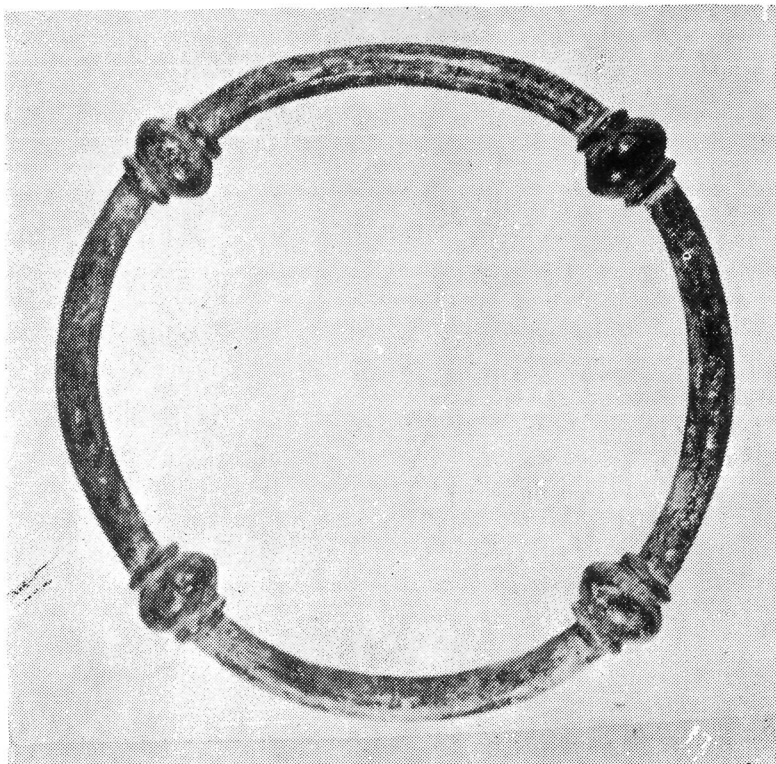
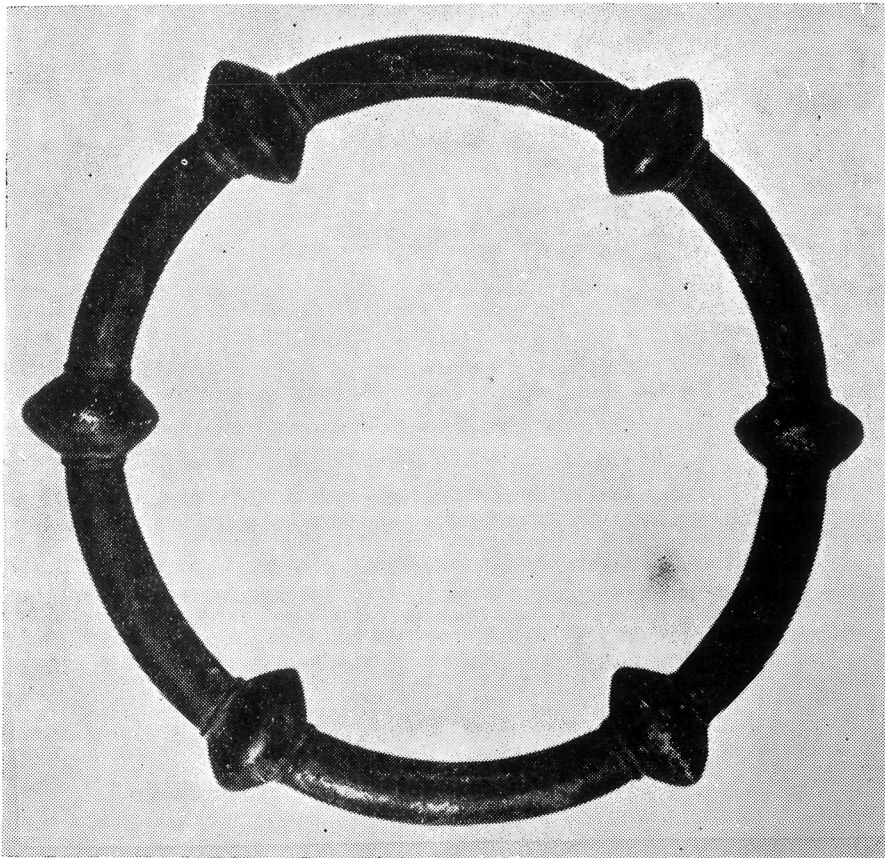
Con esta breve nota damos a conocer esta importante colección, prácticamente desconocida, de objetos que actualmente llaman la atención poderosamente de los estudiosos y cumplimos los deseos de investigadores, como Benoit y P. Le Roux, que sugieren la publicación de estas olvidadas piezas en vista de su posible clasificación y empleo.—J. M. BLAZQUEZ.



Anillos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid



Anillos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid

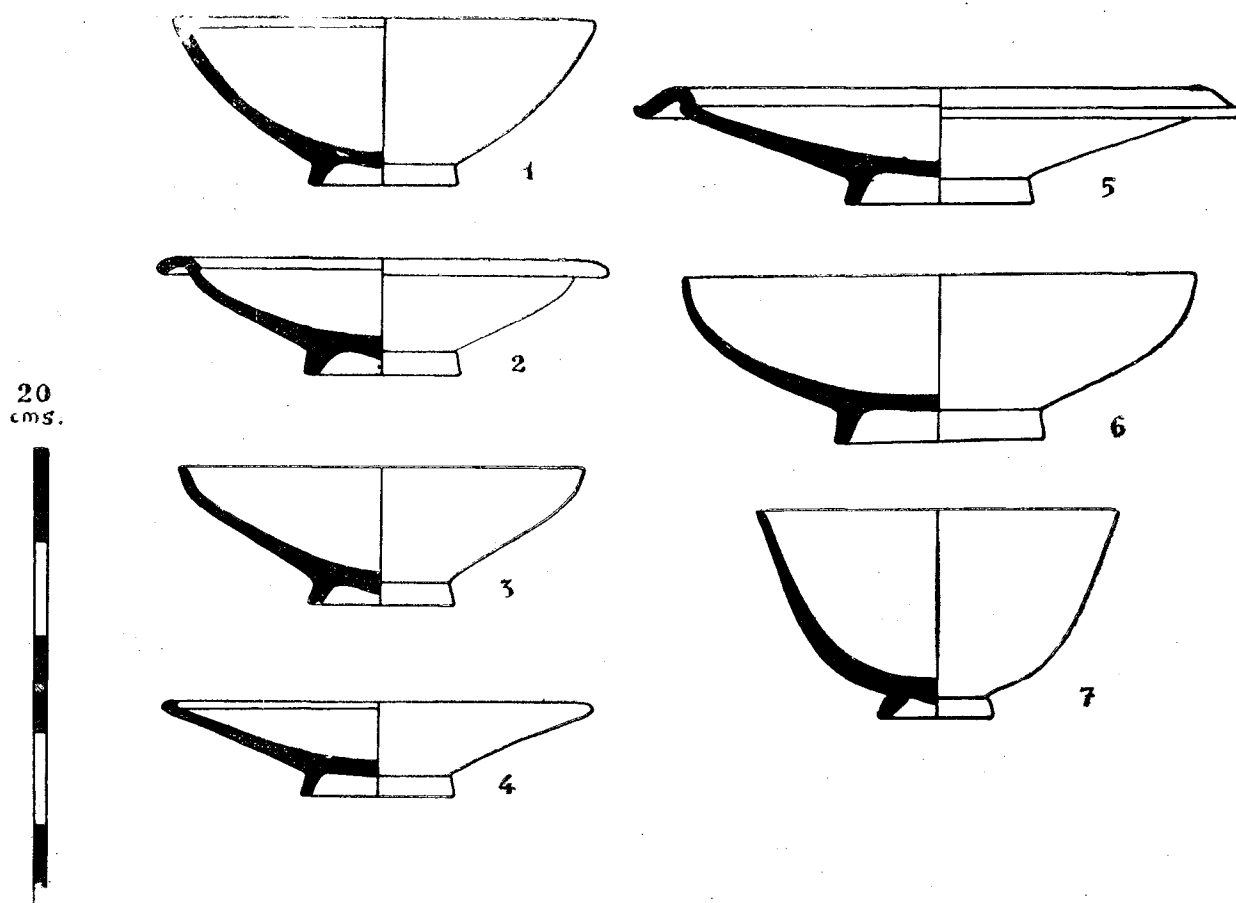


Anillos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid

*HALLAZGO SUBMARINO DE UN PECIO CON
CARGAMENTO DE CERAMICA CAMPANIENSE*

Al Norte de Estartit (Gerona) y a una profundidad de treinta metros, don Federico Foerster, miembro del CRIS, localizó los restos de un pecio, cuyo cargamento consistía, al parecer, en cerámica campaniense y piedras de molino.

En sucesivas inmersiones se han recuperado gran cantidad de fragmentos de



Cerámica campaniense recuperada de la nave romana hundida frente a la costa de Estartit (Gerona).

vasos campanienses, algunos de los molinos, escasos fragmentos de ánforas y varias piezas de plomo.

La casi totalidad de los hallazgos se han entregado al Museo Arqueológico de Gerona, pero una reducida muestra llegó a Barcelona.

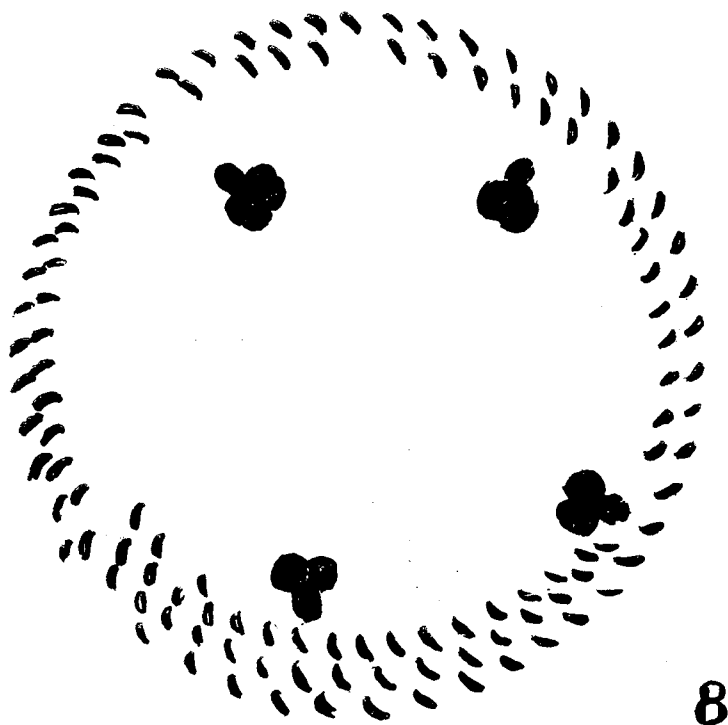
Estos ejemplares son los que hemos podido estudiar y publicar en la presente noticia.

Se trata de cerámica del tipo A, de la clasificación de Lamboglia, y en los ejemplares estudiados por nosotros se hallan representadas las formas 6, 26, 27, 31, 33, 36 y 55, de aquella clasificación.

Las características materiales comunes a los vasos estudiados son: pasta cas-

taño-rojiza, blanda; barniz negro opaco y delgado, que cubre la totalidad de la superficie de la pieza; el pie es en todos los casos inclinado, tanto interior como exteriormente; en el centro del fondo interno de casi todas las piezas aparece un círculo (descentrado a veces del eje), en que el barniz tomó un color pardo, y que se debe a la superposición de las piezas durante su cochura, que hizo que la base de la pieza superior preservara esta parte de la pieza inferior.

Tanto el torneado como el acabado general de los vasos son bastante descuidados. Esta característica, así como las formas de las piezas y su decoración (en



aquellos casos en que la hay), nos hacen atribuirlos a un momento final de la campaniense A y posiblemente a un alfar secundario o provincial.

Como características especiales a cada una de las formas clasificadas y dibujadas en esta noticia, cabe señalar:

Figura 1 - Forma 33 - Sin decoración.

" 2 - Forma 36 - Sin decoración. Barniz difumado de rojo alrededor de la base.

" 3 - Forma 27 - Decoración compuesta por un círculo simple de estrías a ruedecilla (cortas y anchas), que encierra cuatro estampillas de hoja de hiedra, regularmente distribuidas alrededor del centro del fondo. (Figura 8.) La impresión de las estampillas es poco cuidada e irregular.

" 4 - Forma 55 - De cuatro ejemplares examinados dos no llevan decoración alguna y los otros dos llevan las cuatro hojas de hiedra, como en la pieza anterior.

Figura 5 - Forma 6 - A pesar de su tamaño no llevan decoración las dos piezas examinadas.

Figura 6 - Forma 26 - Decoración de tres círculos de estrías rodeando a las cuatro hojas de hiedra, análogas a los casos anteriores.

Figura 7 - Forma 31 - Sin decoración.

Estampillas análogas a las citadas las hallamos en Ensérune (Per una Classificazione Preliminare de la Cerámica Campana. - N. Lamboglia, página 203, número 6) y en Cosa (Black Glaze Pottery - D. M. Taylor, pieza D 26 a II).

En principio nos inclinamos para atribuir la fabricación de estas piezas, dentro de las últimas décadas del siglo II, a. de J. C.—JOSE BARBERÁ.

*CEPOS DE ANCLA ROMANOS RECUPERADOS
FRENTE A BLANES (BARCELONA)*

Tenemos en España escasos precedentes en la publicación de cepos de ancla; ello es debido a que son pocos los que hasta hace escaso tiempo han sido recuperados en nuestras costas y a que no se les ha prestado la debida atención. Ahora, con la práctica del buceo con escafandra autónoma, se han localizado y recuperado varios de ellos. No siempre han sido personas o entidades, conscientes del interés científico que estas piezas podían tener, las que lo han hecho, y algunos se han perdido. En el presente caso debemos felicitarnos de que ello no haya ocurrido, pues se trata de piezas excepcionales, por los relieves que distinguen a cuatro de ellas y por presentar otra una inscripción.

El cepo es la pieza del ancla que está colocada transversalmente en la parte superior de la caña y perpendicular a las uñas, con el fin de que con su peso alguna de éstas prenda en el fondo.

Uno de los tipos de ancla romana, al que estos cepos pertenecen, tenía la caña y los brazos de madera, las uñas de hierro y el cepo de plomo; otros tipos, como podemos comprobar en relieves y monedas, eran en su totalidad de hierro y seguramente coexistieron con el anterior; como es natural de este último tipo, debido a la oxidación, no ha llegado hasta nosotros ningún ejemplar.

La villa de Blanes, en cuyas aguas han tenido lugar las recuperaciones de cepos, se halla situada en el límite meridional de la provincia de Gerona, cerca de la desembocadura del río Tordera, identificado con el Arnum o Larnum, citado en las fuentes. El valle de este río es una de las vías de penetración más practicables desde la costa hacia las llanuras prelitorales del Vallés y la Selva y como tal debió ser utilizado desde la más remota antigüedad. La población está en el fondo de una cala, la primera de la Costa Brava, yendo de Sur a Norte. Esta cala queda resguardada del viento Norte ("tramuntana") por el cerro de San Juan, y del Levante y Sur-Oeste ("garbi") por la punta de Santa Ana. Antiguamente esta punta se adentraba más en el mar y se curvaba hacia el Sur, con lo que la cala quedaba aún más abrigada; pero en el siglo XVI unos violentos terremotos que asolaron la provincia de Gerona provocaron el hundimiento de esta punta, dejando como testimonio de su existencia una serie de escollos y lajas semisumergidas.

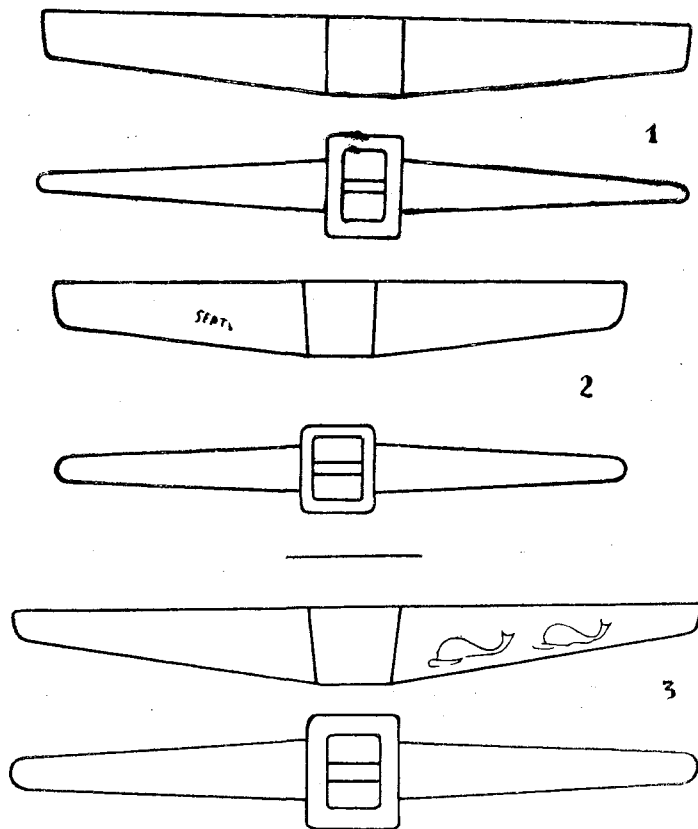
Modernamente se ha construído una escollera que sustituye la desaparecida prolongación de la punta de Santa Ana, pero no se ha levantado sobre los escollos sino hacia el interior de la cala.

Es posible que las excelentes condiciones del puerto de Blanes determinaran el asentamiento humano en sus proximidades, puesto que es el primer lugar abrigado que se encuentra viniendo del Sur, desde el puerto natural de Salou, al Sur de Tarragona, si bien ignoramos las condiciones marineras de los puertos desaparecidos o muy modificados de Barcelona (al Sur de la Montaña de Montjuich) y de Tarragona (también al Sur del promontorio de la acrópolis).

La actual población de Blanes se identifica con la ciudad llamada *Blandae*,

por Pomponius Mela ¹, C. Plinius ² y Ptolomeo ³. Ningún hallazgo arqueológico en el recinto o en los alrededores justifica esta atribución, si bien hay noticias de haberse encontrado monedas y fragmentos cerámicos en un cerro al Sur de la población y hoy casi absorbido por ella. También nosotros hemos hallado en el cerro de San Juan indicios de un poblado al parecer prerromano y en el camino del cementerio otro yacimiento de época bastante posterior.

Siete son los cepos de ancla conocidos por nosotros, que en diferentes ocasiones han sido recuperados frente a Blanes, todos al Sur de la punta Santa



Cepos de ancla, romanos, procedentes de Blanes.

Ana, y por tanto, a sotavento de la tramuntana, el viento más peligroso de estas costas. Tenemos también noticias vagas de otros dos, pero desconocemos su posición y características; sólo sabemos de ellos que han ido a parar a los Museos de Igualada y Sabadell.

Cepo número 1.—Localizado y recuperado el año 1956 por submarinistas que han quedado en modesto anónimo, a doce metros de profundidad.

(1) II, 90.

(2) III, 22.

(3) II, 6, 18.

Mide 1,40 metros de punta a punta y no presenta marca ni señal alguna. Actualmente se encuentra en el Museo de Arenys de Mar.

Cepo número 2.—En 1957, durante un cursillo de capacitación para nuevos escafandristas dado por el CRIS, fué localizado por el monitor don Roberto Díaz, a catorce metros de profundidad, y recuperado seguidamente. Estaba situado junto a los bloques aportados de la moderna escollera. Mide 1,24 metros. En uno de sus lados lleva la inscripción "SEPTV", colocada excéntrica mente e inclinada en uno de sus lados. Los caracteres son bastante regulares y la inscripción mide 23×64 metros. Este cepo en el momento de ser recuperado conservaba en el ojo restos de madera de roble. Actualmente se encuentra en el Museo Marítimo de Barcelona.

Cepo número 3.—Este y los dos siguientes fueron localizados por un equipo de buceadores compuesto por don Eduardo Admetlla, don Roberto Díaz y don Javier Casadejust, durante el cursillo mencionado, a quince metros de profundidad, muy juntos y formando un triángulo. Fueron recuperados junto con el número 6, por el CRIS, el 28 de septiembre de 1958, en una operación en que llevó la dirección científica el doctor don Eduardo Ripoll y la técnica don Roberto Díaz, y en la cual tuvimos la satisfacción de colaborar. Mide 1,49 metros. Lleva en ambas caras un relieve. Dos delfines muy mal impresos o erosionados. En una de sus caras excéntricos. Actualmente se encuentra en el Museo Arqueológico de Gerona.

Cepo número 4.—Mide 1,52 metros. Tiene en ambas caras un relieve representando una columna con base muy alta, compuesta de dos cuerpos, fuste estriado, capitel con volutas jónicas y abaco también muy alto. El relieve de uno de los lados casi queda fuera del cepo. Actualmente se encuentra en el Museo Arqueológico de Gerona.

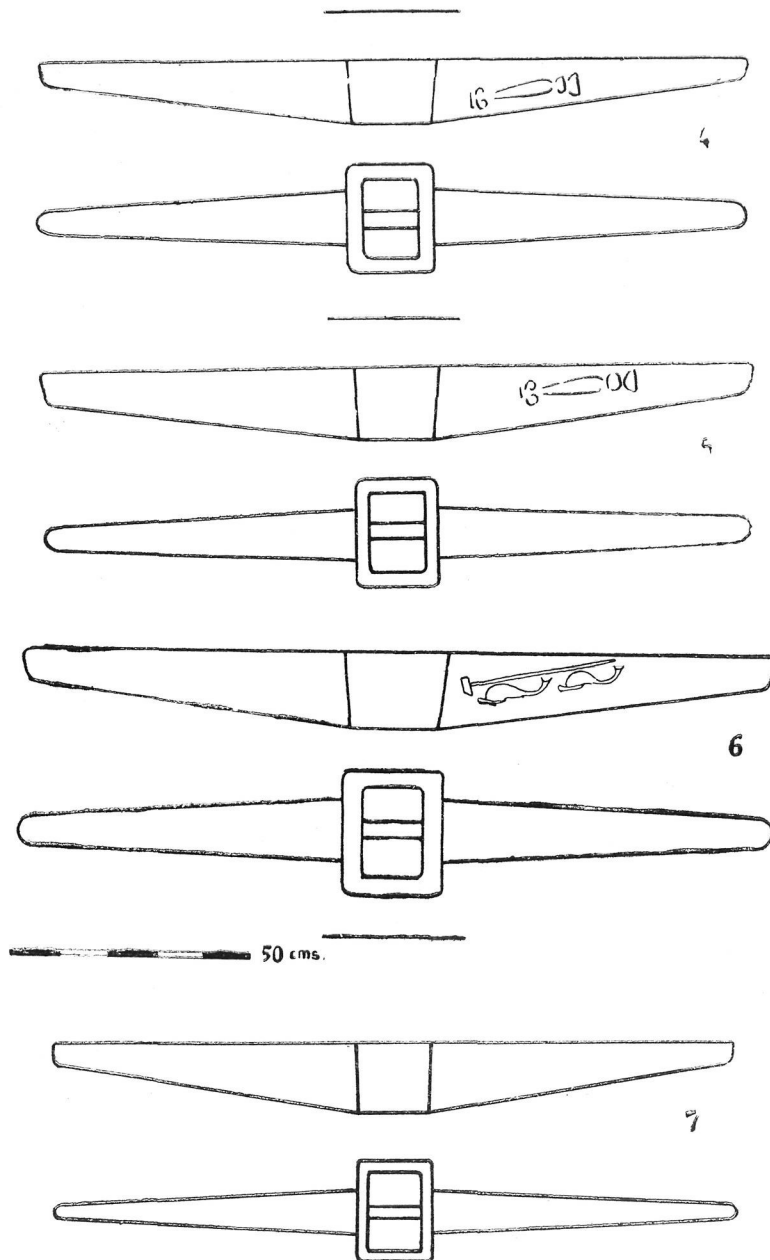
Cepo número 5.—Mide 1,52 metros. Lleva columnas exactas al anterior, pero mejor conservadas. Actualmente se encuentra en el Museo Marítimo de Barcelona.

Cepo número 6.—Localizado casi un año después que los anteriores, por don Jorge Canals, a unos ocho metros del grupo descrito, a una profundidad similar. Mide 1,59 metros. En un lado lleva dos delfines semejantes a los del número 3, mejor conservados, y en el otro los mismos delfines, pero con la variante de que encima de ellos hay un martillo (?) con el mango muy largo, doblado en su extremo inferior. Actualmente en el Museo Marítimo de Barcelona.

Cepo número 7.—Localizado durante el mencionado cursillo, a unos doce metros de profundidad y fuertemente empotrado en uno de los escollos de la punta de Santa Ana. Recuperado recientemente por don Francisco Sibila. Mide 1,44 metros y no presenta marca ni señal alguna. Actualmente está depositado en el domicilio de dicho señor, en Blanes.

Los relieves de los cepos 3 al 6 son fundidos al parecer en molde aparte que el del cepo; ello explica la posición descentrada y casi fuera de la pieza de algu

nos de ellos. En cuanto a la inscripción SEPTV, según nuestra opinión, una vez ya fundido el cepo. Es de notar el contraste que hay entre la regularidad de los caracteres bien trazados y la posición descentrada e inclinada de la inscripción.



Cepos de ancla, romanos, procedentes de Blanes.

En cuanto a la cronología de estos hallazgos no podemos llegar a ninguna conclusión. El tema de los relieves es demasiado frecuente: delfines se encuentran en mosaicos, pinturas, monedas, etc., desde los tiempos de la Hólade hasta fines del Imperio, y otro tanto podemos decir de las columnas.

El martillo (?) es realmente un enigma; desconocemos otra representación de un objeto parecido.

Tampoco el estudio de los caracteres de la inscripción permiten, por su relativa tosquedad, hacer ninguna deducción.

Sólo nos queda la forma del cepo, pero para clasificarlos por ella nos falta una tipología que aún está por hacer. Si todos los hallazgos de cepos se publican adecuadamente en un día no lejano ésta podrá llevarse a cabo.

Pero aunque no sabemos la época precisa en que se perdieron las anclas de las que estos cepos formaban parte, se ha puesto en evidencia la existencia de un puerto o fondeadero en este lugar y este dato es uno de los puntales más firmes con que cuenta por ahora la identificación de la actual villa de Blanes con la antigua *Blanda* de época romana.—R. PASCUAL GUASCH.

VISION ACTUAL DE AFRICA ROMANA

Después de la intensa labor que se ha realizado en el Norte de Africa, desde el punto de vista de la arqueología durante los últimos tres cuartos de siglo, parece que ha llegado el momento de los intentos de síntesis. En efecto, por razones diversas no se había ensayado nada de este estilo, aparte de la monumental, ambiciosa y muy bien lograda (para su tiempo) obra de St. Gsell, que como es bien sabido y como consecuencia de la muerte prematura del autor, se detiene a la época augustea, sin incluir el período imperial. La bibliografía aparecida en los últimos cincuenta años sobre Africa del Norte antigua, es extraordinaria, pero terriblemente dispersa en innumerables revistas, congresos y reuniones eruditas. El hecho que hayan intervenido en su elaboración principalmente franceses, pero también italianos y españoles, acaba de complicar las cosas, pues es difícil reunirlos en un solo país y no digamos en un solo centro.

Hace poco tiempo dábamos cuenta, en una nota aparecida en la revista "Tamuda", de Tetuán, de cómo por lo que respecta a la prehistoria se había llegado a un momento de balance, a través de la síntesis de Balout, de Vaufray, y por lo que respecta a la antropología prehistórica, del mismo Balout y de Cabott Brigs, sin olvidar el ensayo, geográficamente más reducido, pero no menos útil que los anteriores, de Pericot, sobre el paleolítico de Marruecos.

Ahora estamos ante dos libros que vienen a representar algo parecido por lo que respecta al Africa romana. Son el de Pietro Romanelli, *Storia delle province romane dell'Africa* (Roma, L'Erma, 1959) y el de C. G. Picard, *La civilisation de l'Afrique romaine* (París, Plon, 1959).

Son dos obras realizadas con ambición de síntesis, escritas por dos investigadores que han trabajado largos años sobre el país del cual tratan y que pueden aportar, por tanto, un conocimiento directo de ambiente y de materiales y que por fin felizmente vienen a completarse por el enfoque del tema.

En efecto, el trabajo de Romanelli se dedica a lo que normalmente se conoce con el nombre de historia externa, mientras que el de Picard se enfrenta con los problemas de la civilización romana, con el impacto de la romanidad en el mismo territorio. Los dos son trabajos ambiciosamente concebidos y bien logrados. Tenemos, pues, por vez primera, dos amplios resúmenes, dos verdaderos balances de largos años de investigación, que nos permiten una visión general que hasta ahora faltaba y que constituía un lamentable vacío.

El libro de Romanelli se centra en la época imperial. Sobre algo más de un centenar de páginas que se dedican al período republicano, desde los primeros contactos de Roma con Africa, la época que va desde Augusto a la llegada de los vándalos, ocupa seiscientas, divididas en los dos inevitables, por claros, períodos: de Augusto a Diocleciano y de Diocleciano al 439, fecha de la toma de Cártago por los vándalos. Se sigue, pues, todo el mecanismo de la absorción a través de las guerras, la acción política y judicial, hasta el apogeo en el siglo II y finalmente el proceso de la desintegración.

No se escapa a Romanelli, y así lo indica en sus primeras frases del prólogo, la dificultad de realizar un intento de este tipo con intención de conjunto y casi exhaustiva. Y si bien es cierto que caben algunas adiciones de detalle,

así como discrepancias parciales de puntos de vista (como no puede ser menos en una obra de este tipo, más marcadamente todavía por tratarse de la primera síntesis amplia), el autor puede estar satisfecho. Ha conseguido una obra de las que hacen época en un campo de estudios y que a partir de ahora y sin duda durante muchos años, resultará indispensable.

Como el título indica claramente C. G.-Picard se ha propuesto, dentro de los mismos límites cronológicos y demográficos, otra cosa: la valoración del impacto romano en las provincias africanas. Es, pues, fundamentalmente una historia de la civilización, de la que había ya escrito un importante capítulo en su reciente libro, publicado dentro de la misma colección, *Les religions de l'Afrique antique*. En él había demostrado, a la vez que su dominio del tema y un equilibrio entre solidez de información y originalidad, ser un escritor hábil, capaz de servirnos una erudición desarrollada en forma muy ágil, con un estilo sugestivo, útil para interesar, por tanto, no sólo al habitual público de especialistas, sino a un amplio sector interesado por los problemas del pasado. Esta misma virtud se manifiesta, quizá todavía de modo más brillante, en la nueva obra.

Dividida en dos partes, cada una de tres capítulos, pasa revista sucesivamente a las revoluciones política, económica y social, que resultaron de la presencia de la civilización latina en el N. de Africa; así como —en la segunda parte— la vida urbana, las costumbres y la mentalidad de los “romanos” de Africa, ya fueran procedentes de otras tierras y establecidos allí, ya fueran indígenas latinizados.

Cabe aquí el mismo comentario inicial que hemos dedicado al libro de Romanelli. Se podrían añadir datos (sobre todo procedentes de las zonas extremas oriental y occidental del territorio estudiado), puede estarse en desacuerdo en detalles parciales, pero difícilmente se podría superar la síntesis de C. G.-Picard. La viveza con que retrata la sociedad africana —sobre todo la urbana— de época imperial, su fineza de observación, su buen sentido y equilibrio, permiten parangonar este libro con otros dedicados a aspectos de la sociedad romana que han tomado como base la ciudad de Roma (los de Carcopino, Paoli, Friedländer, etc.) y que no son superiores en el resultado. Podemos añadir también que en parte por necesidad, puesto que las fuentes escritas son en este caso inferiores en cantidad y calidad, en parte por la formación del autor, que además de buen conocedor de los textos es también arqueólogo profesional y militante, la formación derivada de las excavaciones ha sido valorada aquí como se debe, es decir, más a fondo que en la mayoría de los libros de conjunto que se han escrito sobre la civilización romana. Por lo que nos vienen ganas de escribir: ¡ya era hora!

Ante estos dos libros y entre los múltiples aspectos que merecen comentario, quisiéramos centrar estas notas en uno, especialmente vivo hoy, y que además tiene trascendencia para la historia de la cultura occidental: las causas profundas del fracaso de la latinidad en el Norte de Africa.

No sólo por el interés del tema en sí mismo, sino porque en estos años estamos asistiendo a la vertiginosa desintegración del segundo intento de implantar en las riberas meridionales del Mediterráneo una cultura similar a la que

reina en las del Norte; importa conocer cómo y por qué fracasó también el primer gran ensayo —el que realizó Roma.

Ante esta cuestión, a la que en los últimos años han dedicado su atención, de una manera más o menos directa, varios historiadores, sobre todo franceses, hay dos posiciones: La de los que creen en una mayor debilidad de la romanización en Africa, en relación con los conseguidos en otras zonas, y marcadamente en las provincias occidentales europeas, que pueden tomarse como término de comparación por no tener tampoco antes de la conquista romana una base cultural especialmente sólida, como sucede entre los bereberes africanos. Es decir, en un fracaso, podríamos llamar previo, de los romanos en Africa, a consecuencia de la falta de profundidad de su penetración cultural. Por otra parte los que opinan que los caminos distintos que toman las tierras africanas y europeas del Mediterráneo, a partir de la Edad Media, se debe un fenómeno posterior, la invasión árabe, que nada tiene que ver con el mayor o menor éxito del ensayo romano.

Un macizo e importante libro, relativamente reciente, el del malogrado Ch. Courtois. *Les vandales et l'Afrique* es quizá el testimonio más decidido y mejor especificado de la primera de estas dos posiciones. Uno no puede estarse de pensar, a medida que va avanzando la lectura del de Picard, que motiva nuestro comentario, que en parte está escrito como una respuesta al de Courtois, para defender la segunda posición. Picard aporta testimonios suficientes para que, suponiendo que previamente no estuviera dispuesto a aceptarla, el lector se incline por la segunda hipótesis. Nada demuestra, cuando se pasa revista con los documentos de primera mano ante nosotros, que sea lícito suponer un fracaso de la romanización en Africa. El proceso es no sólo comparable, sino incluso en ciertos aspectos superior al que presentan ciertas provincias occidentales europeas que después, pasados los siglos, han sido territorios básicos de la civilización occidental y por tanto de la herencia romana.

Las objeciones a los resultados de la romanización africana se basan sobre todo en el dualismo ciudad-campo. Evidentemente, nadie que conozca no sólo la literatura latina del Bajo Imperio (en la que los autores africanos, sobre todo la patrística cristiana, juegan un papel tan destacado, sino que haya visitado las ruinas de las ciudades antiguas de Tripolitania hasta el Atlántico, puede suponer que la ciudad romana tuvo menor calidad en estos territorios que en los restantes del Imperio. Pero frente a esta brillante civilización urbana muestran el campo, con sus habitantes, los bereberes, impermeables a las nuevas corrientes, abandonados social, cultural y económicamente por los dirigentes romanos y por la burguesía más o menos mixta que se crea en las urbes y que está formada, en parte, por propietarios latifundistas que se limitan a explotar este mundo humano rural. Tal dualismo sería impropio negarlo. Pueden oponérsele, sin embargo, ciertos reparos, como por ejemplo, el que resulta de las llamadas *tablettes Albertini*, a través de las que vemos como una pequeña comunidad rural perdida en un rincón de lo que hoy es Argelia no sólo no ignoraba la escritura, sino que escribía en latín sus pequeños documentos locales, sus documentos privados, ejemplos que pueden multiplicarse, aunque ciertamente éste sea uno de los más significativos. En el fondo el problema del proletariado campesino no es sólo un

problema de las provincias romanas africanas, sino general en todo el orbe imperial, y querer derivar de él un supuesto fracaso de la latinización (en el sentido cultural y social de la palabra) parece excesivo.

Podríamos añadir a las múltiples sugerencias que ambos libros permiten en este campo —que es posible intentemos desarrollar algún día con más calma— dos consideraciones finales. La primera respecto al papel que tuvieron en lo que corrientemente llamamos romanización los siglos posteriores a la caída del Imperio, por vía, sobre todo, de la Iglesia, que fué la continuadora, en tantos aspectos, del mundo romano durante los primeros siglos de la Edad Media hasta el florecimiento de la nueva vida urbana, de la burguesía ciudadana, de las primeras universidades y de los principios de la monarquía unitaria, o sea, hasta los siglos XII-XIII. Si tomamos como ejemplo un territorio fuertemente ruralizado como es el N. de nuestra Península, ¿estamos en condiciones de calibrar qué aportó la etapa estrictamente imperial y qué los siglos siguientes, del V al X? Ello equivale a plantearse la romanización no sólo en profundidad durante la época romana, sino también en extensión cronológica. No creemos que sea aventurado suponer que para la incorporación del campo pesan tanto las primeras etapas, estrictamente romanas, como las segundas, simplemente cristiano-eclesiásticas. Naturalmente, si un corte histórico hubiera venido a desviar en tales territorios el desarrollo de la herencia romana, como sucedió en el N. de Africa con la invasión árabe y reforzaron las infiltraciones de los nómadas hilalianos tres siglos después, podría también plantearse la cuestión del “fracaso” de la romanización.

Por otra parte, si de territorios rurales y secundarios dentro del área europea —puesto que lo que hemos insinuado para las zonas Peninsulares del N. podría extenderse a muchas otras europeas—, pasamos a tomar un ejemplo que representa exactamente lo contrario, como puede ser la Bética, ¿qué hallamos? Nadie puede discutir la profundidad de la romanización en Andalucía, que será siempre, precisamente, un ejemplo típico. Ahora bien, incorporada al mundo musulmán, como sucede con Africa, el destino de la herencia romana es paralelo: unos siglos de islamismo y la vieja y profunda herencia queda borrada prácticamente del todo. Son dos ejemplos puestos al azar, que no hemos visto nunca citados —y nos extraña— cuando se discute este problema. Ambos, creemos vienen a confirmar que no puede juzgarse la profundidad de la romanización en un determinado país por lo que pueda después haber acontecido en él. El balance debe establecerse sólo en documentos contemporáneos, prescindiendo de puntos de vista que pretendan justificar un estado de cosas que tenemos hoy, pero que puede venir derivado de causas posteriores. En este sentido —de balance objetivo— los libros de Romanelli y de C. G. Picard aportan una contribución que hemos querido hacer resaltar en estas páginas y que permitiría muchas sugerencias que no podemos ahora ni plantear ni esbozar.—M. TARRADELL.

*EL IV CONGRESO DE PREHISTORIA AFRICANA,
EN LEOPOLDVILLE, CONGO BELGA*

En Leopoldville, Congo Belga, se reunió el pasado verano, entre los días 21 y 30 de agosto, tal como estaba anunciado, el IV Congreso Panafricano de Prehistoria.

Estos Congresos tienen ya una brillante historia, habiéndose iniciado con el I, que se celebró en Nairobi (Kenia), cuya organización se debió sobre todo al profesor Leakey. El II tuvo lugar en 1952, en Argel, y el III se celebró en Livingstone (Rodesia), en 1955. A pesar de la dificultad que representa reunir un número crecido de investigadores en lugares distantes de los grandes centros de trabajo de Europa y América, la concurrencia a los mismos ha sido siempre nutrida, y por otra parte se han evitado las aglomeraciones, que disminuyen en algunos casos la eficacia de tales reuniones. En conjunto los resultados obtenidos han sido brillantes y han mostrado la madurez de la investigación prehistórica en el Continente africano. Esta última, tanto en el aspecto puramente arqueológico como en el geológico y antropológico, ofrece resultados magníficos y ha sido realizada con una seriedad científica superior acaso a la investigación en Europa o América, lo cual se debe tal vez a que el número de los que han intervenido en ella ha sido mucho menor y ha tenido un carácter de selección. De manera que la Prehistoria africana hoy nos es conocida, aunque no con tanto detalle, claro está, con tanta perfección en sus líneas generales, como la de Europa, y mucho mejor que la de Asia, continente en que las condiciones políticas no han permitido la actuación de los científicos con la libertad de movimiento necesaria.

La elección de las sedes de los sucesivos congresos ha sido también muy afortunada, tratándose siempre de centros de grandes descubrimientos, con buenos museos y permitiendo la realización, antes y después, de las sesiones, de visitas y excursiones a comarcas que para el europeo constituyen un atractivo fascinante. De esta manera los que hemos tenido la suerte de asistir a estos Congresos, aun sin participar en todas las excursiones a que se han organizado, nos hemos podido dar cuenta de la labor inmensa que en un siglo y a veces en mucho menos tiempo, los países europeos, hoy tan acusados de colonialismo, han realizado en lo que fueron sus dominios africanos.

El IV Congreso se concedió al Congo Belga, muy merecidamente, pues ha sido grande la labor que los prehistoriadores de este país han realizado en Africa. Ciertamente es que la dispersión de los yacimientos en las dimensiones considerables del Estado del Congo, hacen difícil encontrar una localidad adecuada para el Congreso. Este se celebró en la capital, Leopoldville, que no está ciertamente en una parte central del país pero desde la cual pudieron organizarse, antes y después del Congreso, interesantes excursiones a algunas de las regiones más fértiles en documentos arqueológicos.

Secretario del Congreso y alma del mismo, fué el profesor Mortelmans, de Bruselas, a quien se deben notables estudios sobre Prehistoria congoleña y algunos magníficos intentos de síntesis de la Prehistoria centro-africana. Como

presidente de este Congreso fué elegido una figura tan prestigiosa como el profesor Arambourg, de París, cuya actuación en los precedentes Congresos había sido siempre muy destacada, y al que habían dado singular relieve los hallazgos de la industria de Ain-Hanech y sobre todo del Atlantropo de Ternifine.

Como siempre ha ocurrido en estos congresos ha sido grande la parte tomada por la Geología, la Paleontología y la Antropología. Y entre los temas de Prehistoria los referentes al Paleolítico son los que despiertan mayor interés. Pero en el Congreso que reseñamos se ha notado una intensificación en el estudio del Neolítico, abundando las comunicaciones sobre cerámicas.

Otro rasgo del presente Congreso lo constituyó la brillante intervención de investigadores jóvenes, especialmente franceses e ingleses, lo que dió una nota muy simpática, ya que mostró que el futuro de la investigación africana está llena de promesas.

También fué destacada la participación americana, como ya había venido ocurriendo en todos los Congresos Panafricanos, excepto en el primero.

Asimismo, la participación española se mantuvo a un nivel no inferior al de los últimos Congresos; fué una lástima que no pudiera asistir el doctor don Santiago Alcobé. El autor de este artículo tuvo la suerte de concurrir a este IV Congreso, siendo ya uno de los pocos que ha asistido a todos los celebrados. En esta ocasión tuvimos la compañía de don Luis Diego Cuscoy, director del Museo de Tenerife, bien conocido por su trabajo sobre la Arqueología Canaria. Pero en la práctica la representación española se veía aumentada por la presencia de José María Cruxent, oriundo de nuestra Patria y actualmente director del Museo de Historia Natural de Caracas. El bloque peninsular quedaba completado con la presencia de otro excelente colega, profesor Almeida, que representaba Portugal.

Entre los miembros franceses estaba el ya citado profesor Arambourg y los señores Lebeuf y Barbeau. Entre los belgas, aparte del secretario, Montelmans, hemos de citar al padre Anciaux de Fabeaux y a otros religiosos misioneros belgas, como el director del Museo de la Universidad de "Lovanium", donde el Congreso se reunía; así como el profesor Berrend. Muy nutrida era la representación británica o de los países de la comunidad británica: Leakey y señora Leakey, Ankell, Desmond Clark, Dart, Haughton, Walan, Tobias, Iuskip, Chittick, Goodall, Posnanky, etc. Los conocidos investigadores Fagg y Davies, representaban, respectivamente, a Nigeria y Ghana. Entre los americanos destacamos la presencia de los antropólogos Howells y Howell, éste último con varios de sus discípulos, de los cuales están realizando una intensa campaña de investigación arqueológica. El profesor Smolla representaba a Alemania.

Vamos a destacar algunos de los trabajos más interesantes, entre los numerosos que fueron presentados al Congreso.

El profesor Arambourg hizo una útil síntesis del estado actual de estudio del Cuaternario marroquí, insistiendo en la importancia de los niveles marinos calabrense y tirreniense y poniendo de relieve los resultados alcanzados por Mlle. Aliment y los obtenidos por Biberson en Casablanca, con la presencia de

de la Pebble-Culture. Para el profesor Arambourg se puede establecer con seguridad la ecuación Pebble-Culture=Australopitecus; Achelense=Pitecantropos Ateriense = Neandertalenses. Aclarando una pregunta mía sobre la cronología del Ateriense el profesor Arambourg manifestó su opinión de que el Ibero-Mauritánico, que es anterior al Capsiense, entra todavía en el Paleolítico Superior.

Mr. Davies dió cuenta del hallazgo de industria ateriense en Gana en un interpluvial postglabliense, así como la presencia de industria microlítica en dicho país.

El profesor Leakey puso en guardia frente algunas causas de confusión en la Prehistoria africana, poniendo de relieve lo difícil que es equiparar los problemas europeos con los africanos y abogó por el desuso de la denominación de kafuense. Esto produjo una larga discusión en que se pusieron en contraste las opiniones y los métodos de los arqueólogos y de los geólogos.

El Profesor Dart hizo una comunicación muy interesante sobre los vestigios que acompañaban al Australopiteco y en especial lo que llama industria osteodontoquerática. Diversos congresistas plantearon dudas sobre el valor de esta industria.

El Profesor Tobias presentó una interesante comunicación entre los discutidos restos de Kanam y Kanjera; este último tendría cierta antigüedad, pero no tanta como se le atribuyó; en cuanto al fragmento de mandíbula de Kanam no tiene en realidad los supuestos rasgos que acercaban dicha pieza al *Homo Sapiens*.

Gran interés tuvo una comunicación de los señores Leakey y Clark presentando un resumen de los datos del Carbono 14 que se conocen actualmente para el Africa. Evidentemente, son de gran interés, aunque de momento muestran algunas contradicciones. La *middle stone age* empezaría hace unos 40.000 años; el musteriense de Cirenaica no llegaría a 30.000; una fecha de Sangoense es la de 14.000 años, etc.

El Profesor Bernard presentó un notable trabajo en que se renueva y perfecciona la famosa curva de Milankovitch.

El señor Cruxent mostró una serie de piezas del yacimiento de El Jobo, de Venezuela, al lado de piezas similares de la Prehistoria congoleza como caso notable de convergencia cultural, pues ninguno de los presentes pudo distinguir las piezas de las dos procedencias. El profesor Cuscoy cautivó el interés de la Asamblea con una síntesis de la Prehistoria canaria. En cuanto al autor de estas líneas discutió el problema de la difusión por caminos africanos de la cultura neolítica hasta España, haciendo hincapié en el reflujo que se produce al pasar el vaso campaniforme de España al Norte de Africa, sugiriendo que acaso en el remoto Paleolítico Superior ocurriera lo propio con el Ateriense-Solutrense; en relación con el Neolítico africano dió a conocer las interesantes excavaciones del Profesor Panyella en Fernando Poo.

Pero el interés sensacional del Congreso estuvo en la presentación, inesperada, por los esposos Leakey, del cráneo de un australopiteco que diez días antes habían terminado de excavar en el famoso yacimiento de Olduvai. La impresión causada en la Asamblea fué extraordinaria, pues sin duda constituye este hallazgo uno de los más fantásticos resultados de la investigación prehistórica. No es

este el lugar de entrar en detalles técnicos de la pieza, pero es evidente que con su hallazgo quedan reforzadas las hipótesis que buscan en Africa la cuna de la Humanidad primitiva y las que pretenden que los australopitecos poseían una clara industria, aunque ésta fuese tan tosca como la Pebble-Culture, y que se trataba, por lo tanto, de verdaderos seres humanos.

Las excursiones completaron el interesante Congreso en el que los representantes españoles fuimos atendidos con la gentileza de siempre, siendo elegido como uno de los vicesecretarios el señor Cuscoy. Y tuvimos la gran alegría de ver ratificado el acuerdo que se tomó hace cuatro años en Livingstone, de manera que el próximo Congreso, el V, se celebrará, D. m., en 1963, en una doble sesión en Marruecos y Canarias. Esperamos que nuestros colegas de las Islas Afortunadas lograrán que el próximo Congreso sea por lo menos tan bueno como los realizados hasta ahora, desde el punto de vista científico y que en él repercuta la belleza del ambiente en que ha de celebrarse.—LUIS PERICOT.

PRIMER SYMPOSIUM DE PREHISTORIA PENINSULAR
PAMPLONA, SEPTIEMBRE DE 1959.

En los primeros días del pasado septiembre se reunió en Pamplona el *Primer Symposium de Prehistoria Peninsular*, bajo la dirección del profesor don Juan Maluquer de Motes y Nicolau, Catedrático de Arqueología de la Universidad Barcelona, ex director del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca y fundador de esta revista ZEPHYRUS.

La idea de la organización del Symposium nació en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca, con motivo de cumplirse los diez años de su existencia, pero por haberse trasladado a la Universidad de Barcelona el profesor Maluquer de Motes ha sido el nuevo Instituto de Arqueología de aquella Universidad quien ha asumido su realización, con el decidido apoyo de la Excelentísima Diputación Foral de Navarra, a través de su institución cultural "Príncipe de Viana".

Básicamente eran los colaboradores asiduos de la revista ZEPHYRUS quienes se deseaba participaran en las tareas del Symposium, pero ante la necesidad de limitar su asistencia, para conseguir su mayor efectividad, se adoptó el criterio de reunir aquellos colaboradores, con preferencia universitarios de las promociones más recientes, vinculados a tareas investigadoras.

Frente a las normas frecuentes de esa clase de reuniones no fué la discusión de un tema concreto lo que se propusieron los organizadores, sino obtener una serie de visiones generales de las dificultades y problemas que se plantean en el marco de la prehistoria peninsular. Para ello se creyó más conveniente la no participación de las grandes figuras nacionales y de investigadores bien reconocidos, maestros los más, ya consagrados, cuyas tareas difícilmente les habrían permitido adaptarse a la programación prevista.

Con tres meses de antelación se repartieron las ponencias, a cargo de los profesores doctores *Jordá* (Universidad de Oviedo), *Ripoll* (Universidad de Barcelona), *Tarradell* (Universidad de Valencia), *Arribas* (Universidad de Barcelona), *Beltrán* (Universidad de Zaragoza), *Maluquer de Motes* (Universidad de Barcelona), *Watttemberg* (Universidad de Valladolid), *Blanco Freijeiro* (Universidad de Sevilla), *Fletcher* (Museo de Prehistoria de Valencia), *Cuadrado* (Servicio Nacional de Excavaciones), *Blázquez* (Universidad de Salamanca), *Palol* (Universidad de Valladolid) y *Fusté* (Universidad de Barcelona). También tomó parte en las discusiones el doctor *A. Balil*, de la Universidad de Madrid, y el doctor *Jorge de Navascués*, subdirector del Museo de Navarra en Pamplona, que actuó de secretario del Symposium.

En ambiente de grata cordialidad se celebraron las reuniones en las salas del Museo de Navarra de Pamplona, a razón de cuatro intensas sesiones de dos horas y media diarias, en las que la presidencia fué ocupada por rigurosa rotación de todos los participantes. Gran número de investigadores trasladados privadamente a Pamplona siguieron con gran interés las discusiones de las ponencias, así como numeroso público. También se recibió la adhesión de varios investigadores,

como del doctor Serra Rafols, y se leyó una cariñosa carta del doctor Pericot García, maestro de la gran mayoría de los congregados, haciendo votos por el éxito de la reunión.

Como novedad destaquemos la sesión especial dedicada en homenaje a los prehistoriadores vasco-navarros, realizada en el maravilloso marco de la Sierra de Urbasa. Bajo las hayas de la gran planicie el doctor Fusté, del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona, desarrolló su ponencia sobre "Antropología Prehistórica de la Península", en la que evocó cariñosamente al profesor Aranzadi, gran investigador de los problemas antropológicos vascos, precisamente en el mismo marco geográfico de Urbasa, cuyas necrópolis dolménicas había estudiado.

El éxito de este Primer Symposium de Prehistoria Peninsular fué posible gracias al decidido apoyo prestado a la iniciativa por la institución "Príncipe de Viana", por lo que nos complacemos a dar las gracias a la Diputación Diputación Foral de Navarra y a la institución "Príncipe de Viana", cuyo secretario, don José E. Uranga, tomó parte activa incluso en todas las sesiones del Symposium.

Bibliografía

KIMMIG, W. y HELL, Helment: *Vorzeit an Rhein und Donau*. Sudwestdeutschland-Norschweiz-Ostfrankreich. Jan Thorbecke Verlag. Lindau und Konstanz, 1958. 131 páginas, con 132 fotografías. (Cinco en color.)

Maravilloso libro que nos ofrece el profesor Kimmig, de la Universidad de Tübingen, con la colaboración fotográfica de Helmut Hell. Un libro de arte difícilmente superado, en el cual un texto en breves, pero suficientes fichas, va desgranando el proceso histórico del Rin-Danubio, desde la etapa cuaternaria hasta el final de la civilización de La Tène. Cada ficha va ilustrada con una fotografía artística maravillosa, insuperable, y los objetos más variados a la luz de nuevos ángulos, se transforman en preciosas creaciones artísticas.

Uno no sabe qué admirar más, si la justeza del texto o la maravilla de la ilustración. No se trata de un libro de láminas ilustrado con texto explicativo, sino un texto admirable, con una ilustración perfecta. Cada fotografía es en sí misma una creación. Objetos inexpresivos llegan a cobrar una calidad estética extraordinaria; cerámica, morillos, brazaletes, fíbulas, hachas de piedra o de bronce, cobran calidades insuperables. Fotografías como el bosque de agujas de cabeza globular (80) o composiciones como los brazaletes (46-7), o el ajuar de una tumba (48), son insupe-

rables. ¿Y qué decir de una composición tan acertada como simbólica, de las figuras hallstáticas, pájaro y cerditos?

El libro, dedicado al público culto en general, es de interés efectivo para instructores y pedagogos, que podrán ofrecer un panorama prehistórico que realmente entra por los ojos. Pero además, es en sí mismo una joya bibliográfica, que agradecerán todos los amantes del arte. Quien por inercia o desconocimiento, continúa tildando de cacharros sin interés los objetos prehistóricos, debería hojear este libro, que merece, sin reserva alguna, la más caludosa felicitación al profesor Kimmig y a su colaborador, Hell, así como a la casa editora.—J. M. DE M.

PUGLISI, Salvatore M.: *La Civiltà appenninica*. "Origines" Studi e Materiali pubblicati a cura dell'Istituto Italiano de Preistoria e Protostoria. Sansoni, Firenze, 1959. 116 páginas, con 30 fig. y XXII láminas fuera de texto.

El Instituto de Preistoria e Protostoria publica, con prólogo de G. Devoto, este estudio de Puglisi, dedicado a la memoria de dos grandes maestros: U. Rellini y G. Childe. La cultura apenínica, más que definida "presentida", cobra una realidad interesante cuando se la confronta con unas condiciones biogeográficas concretas. Hasta ahora cuando un elemento en la prehistoria italiana no encajaba en un marco cul-

tural bien conocido, se atribuía en general a la cultura apenílica, que venía a ser como una tabla de salvación para explicar numerosos fenómenos, unas veces de arcaísmo, otras de novedad, y es que en realidad faltaba la sistematización que ahora nos ofrece Puglisi.

Sobre un marco geográfico de características análogas a lo largo de la espina montañosa apenílica se producían unos fenómenos cuya interpretación no aparecía nunca clara. Ciertos elementos parecían occidentales, mientras que para la masa de ellos era preciso mirar hacia las tierras balcánicas o adriáticas. En realidad el Apenino servía de tamiz de influencias, que explica desarrollos locales, retardamientos e innovaciones, y la gran labor de Puglisi ha sido poner de manifiesto cómo una unidad de ambiente crea las condiciones biogeográficas adecuadas para un desarrollo de unas bases en cierto modo unitarias para el desarrollo cultural. De ellas se desprende la realidad cierta de una cultura "apenílica", que con carácter pastoril representa un elemento de permanencia no despreciable en la Edad del Bronce, que sin duda habrá de tenerse en cuenta cuando se intente analizar el fenómeno de catalización de las unidades étnicas que llevarán a la formación de los pueblos históricos de la península italiana

Pulcramente impreso, con láminas impecables, que revalorizan materiales hasta cierto punto vulgares, el libro merece nuestro agradecimiento al autor y un caluroso elogio a los editores y al Instituto Italiano de Preistoria y Protostoria que lo responsabiliza.—J. M. DE M.

MASCARO PASARIUS, J.: *Els Monuments megalitis a l'illa de Menorca*. Institut d'Estudis Catalans. Mem. n.º XIX, de la Sec. Históric-Arqueol. Premio "Jaume I". Barcelona, 1958. 96 págs., 28 figs., mas XXXVII láms. f. t. t.

En los últimos años y quizás como fruto del despertar de la mentalidad viajera en sectores más amplios que los tradicionales.

es fácil observar el crecimiento del interés hacia las antigüedades arqueológicas de las Baleares. El *Institut d'Estudis Catalans*, que desde su fundación había estimulado ese interés efectuando numerosas campañas de excavaciones, acaba de conceder precisamente su premio "Jaume I" al trabajo de Mascaró, sobre arqueología menorquina, isla a la que no había llegado propiamente la actividad de campo del Institut.

Mascaró Pasarius, bien conocido por sus trabajos topográficos en la isla, reúne en este libro los datos obtenidos en su quehacer de largos años y de la densidad de su labor dan idea los 300 yacimientos catalogados, que reflejan la ingente riqueza arqueológica menorquina y convierten este trabajo en una guía sumamente útil.

Discutible resulta el modo de agrupación de los monumentos en capítulos y nos hubiera gustado hallar una descripción más pormenorizada de muchas estaciones nuevas, pero el autor se limita a una descripción general de los diversos tipos, sin profundizar en su estudio.

Buenas fotografías y dibujos y una edición bella y cuidada, hacen del libro el indispensable compañero de quien visite Menorca con afanes arqueológicos.—M. J. DE M.

MARINATOS, S.: *Kreta und das mykenische Hellas*. Hirmer Verlag. Munich, 1959. 130 págs. + 236 láms. y 35 figs.

El presente libro, debido a la pluma de Marinatos, está consagrado a Kreta y a la Grecia Micénica y presenta la misma característica que los restantes volúmenes que forman esta excelente colección dedicada al estudio del arte antiguo, como *Egipten*, de K. Lange y M. Hirmer; *Griechische Plastik*, de R. Lullies; *Spina*, de N. Algieri y P. Arias; *Früchristliche Kunst*, de V. Volbach, y *Kunst aus Byzanz*, de D. Talbot. Es un libro hecho por un excelente especialista en la materia, que intenta trazar una breve y jugosa síntesis de la cultura cretense y de la de Grecia Micénica. El volumen se divide prácticamente en tres grandes apartados. El pri-

mero es un cuadro en que se pinta la cultura cretense y la de la Grecia Micénica. Son sesenta y cuatro páginas consagradas a presentar con gran brevedad aspectos tan interesantes como la cronología de esta cultura, la Historia, la Religión, el Arte, etc., descendiendo a puntos tan interesantes y sugestivos como la Arquitectura, la pintura de los frescos, la plástica, las artes menores, la cerámica y arte de los metales, etc. El estudio de todos estos importantes puntos son el necesario soporte para la total comprensión de las excelentes láminas que constituyen el núcleo central y primordial del libro. La parte más importante del volumen son las reproducciones, realizadas con una técnica exquisita, el único sustitutivo capaz de la visión directa del material reproducido.

Los objetos están seleccionados con gran cuidado, elegidos los auténticamente significativos y los que desentrañan el verdadero carácter de los diversos aspectos del pueblo al que pertenecen. Esta acertada selección es la que descubre el dominio del autor sobre el tema. La tercera parte es un gran fichero, en que se describe brevemente cada objeto con su respectiva bibliografía. Cincuenta y seis notas y treinta y seis figuras, varias de las cuales son planos intercalados en el texto, avaloran el contenido de él. Las notas y las fichas de cada objeto hacen que el libro sea útil para los especialistas.—J. M. BLAZQUEZ.

GISELA M. A., Richter: *A Handbook of Greek Art*. Phaidon Press. Londres, 1959. 421 p. y 507 figs.

La infatigable G. Richter ha sido uno de los investigadores que con más intensidad ha venido aportando en los últimos tiempos nuevos resultados sobre temas varios de arte y arqueología griegos.

Su campo de especialidad ha sido sobre todo el de la escultura, desde la arcaica hasta la helenística, y prueba de ello es un conjunto valioso de publicaciones que han hecho trascender su nombre del mar-

co limitado de la Escuela Norteamericana de Roma. También las artes menores, en especial la Cerámica ática, le han atraído con fuerza.

Pero la visión de especialista no ha cohartado una amplitud de miras que le hace alcanzar el panorama completo del mundo griego en sus matices más variados. El lector encontrará en esta obra de conjunto algunos capítulos en los que la autora no es especialista; pero ello no quiere decir que los temas en ellos tratados hayan sido trabajados a la ligera. Se comprenderá que en un plan ambicioso como este, de concentrar en algo más de cuatrocientas páginas todo el arte de los griegos, G. Richter haya recurrido a aquellos especialistas en otros campos que ella no ha trabajado con la misma profundidad que el de la escultura y el de las artes menores.

La sinceridad, a toda prueba, de G. Richter, alcanza al lector ya en la misma introducción, donde acusa en toda su intensidad que la clásica obra de Dinsmoor, sobre arquitectura griega, sigue siendo el vademecum para todo el que se acerque a este campo tan brillante, como es la arquitectura clásica, aunque se sirva de obras tan recientes como la de Lawrence. Los temas relacionados con los períodos anteriores a los estilos geométricos, están estructurados de acuerdo con los mejores especialistas actuales y de acuerdo con los resultados más recientes de los mismos: Blegen sobre Pylos, Wace sobre Micenas, Doro Levi, Platon, etc. Trendall ha ofrecido a la autora sus resultados sobre las cerámicas sud-ítálicas, y finalmente, sobre el capítulo de numismática, ha contado con la cooperación de W. Schwabacher.

Gracias a esta feliz colaboración Richter ha podido resumir en estas páginas todos y cada uno de los problemas que el estudio del arte y la arqueología griega entraña. La autora ilustra cada capítulo con los ejemplos más importantes, muchos de ellos de nueva aportación, pues se comprenderá que la exposición, que intentara ser exhaustiva, correría el riesgo

de ensombrecer el paisaje, que intenta dársenos bien nítido.

Así es cómo se tratan los diferentes capítulos del libro, divididos en: Arquitectura, Gran Escultura, estatuillas y pequeños relieves, toréutica, terracottas, gemas, monedas, joyería, pintura y mosaicos, cerámica y pintura vascular, muebles, textiles, vidrio y vidriado, adornos, epigrafía.

Quien busque más documentación la hallará en una tabla cronológica; así como referencias a las publicaciones y una selecta bibliografía.

Se incluye un glosario de términos técnicos, en el cual los nombres de arquitectura se presentan en la forma griega y en la latina, ya sean de monumentos conocidos de Grecia o de fuera de ella.

Se incluye, asimismo, una lista de lugares geográficos y otra de nombres propios, que aparecen en el texto.

Concebido con un criterio científico moderno, puesto al día en sus últimos detalles y abrazando todo el ambiente griego, el Manual de G. Richter desplazará, sin duda, a los viejos repertorios, que no habían quedado aún arrinconados por falta de una publicación de conjunto como esta. La aparición de este Manual representa el fin de la era del Perrot y Chépiez, a la vez que su acceso más simple que el de la R. Encyclopaedia de Pauly Wisowa le concede gran ventaja para la consulta de primera mano.

Es esta una obra por la que todos suspirábamos y su utilidad se hará más patente al correr del tiempo. La publicación de las prensas Phaidon está a la altura del texto y de las selectas láminas.—GLORIA TRIAS.

D. E. L., HAYNES: *The Parthenon Frieze*. Bathworth Press. Londres, 1959. 16 p. y 45 láms.

He aquí recogidas con mano maestra las piezas escultóricas que forman lo que hoy nos queda del famoso friso de la Fiesta Panatenaicas, que decoraba exte-

riormente la cella del Parternón (el templo dedicado por los griegos a la Athena Parthenos) —la diosa Virgen—, en Atenas.

La desgraciada historia de este friso es la siguiente: En 1674 el artista Jacques Carrey dibujó sobre el propio terreno el desarrollo del mismo. Trece años después, durante el sitio que los venecianos pusieron a Atenas, una bala de cañón lo dañó considerablemente, al saltar hecho pedazos el templo, que había sido convertido en polvorín por los turcos. Durante cien años las ruinas fueron tratadas como canteras, hasta 1799, en que Lord Elgin, nombrado embajador de Inglaterra ante la Puerta Otomana, obtuvo permiso del Sultán para llevarse las esculturas que le gustaran. Entre 1802 y 1812, Lord Elgin fué trasladando esculturas griegas de la Acrópolis a Londres, hasta que en 1816 la colección de este famoso anticuario fué adquirida, por una acta del Parlamento, para el Estado y depositada en el Museo Británico.

La longitud del friso, en su origen, era de 176 metros, de los cuales hay unos 82 metros en el Museo Británico, unos 20 metros se hallan aún en su lugar, en el extremo Oeste del templo, y 38 distribuidos entre otros museos, en especial el de la Acrópolis de Atenas; el resto puede considerarse perdido.

Dada la considerable longitud del friso es lógico pensar que se deba a varios artistas, pero en cuanto a su concepción, es la obra de una fuerte personalidad, que debió elaborar los bocetos, que entregó para su realización a sus discípulos y en más de un caso labró los bloques con su mano o dirigió en otros la mano de sus colaboradores.

Como Fidias era el supervisor de toda la obra, hasta en los detalles arquitectónicos siempre se ha venido creyendo que a él se debe la concepción en bloque de la simbología del friso y por ahora no hay pruebas que hagan pensar lo contrario.

Las fotografías de este lujoso libro se

deben a Werner Forman y permiten, por su belleza técnica, juzgar los detalles de cada uno de los bloques labrados que compusieron el friso continuo en su día.

El conservador del Departamento de Antigüedades Clásicas del Museo británico, D. E. L. Haynes, en una carta introducción presenta cada una de las láminas que forman el conjunto ilustrativo.

Tal y como está concebida la presentación de la obra se desprende que el fin de la misma es ofrecer un buen repertorio iconográfico del friso. Y justo es decir que este fin está plenamente logrado.

Ahora bien, con las mismas láminas se hubiera podido lograr una meta más ambiciosa. Con una reconstrucción basada en el desarrollo de los dibujos coloreados de Carrey se hubieran podido ordenar, según el original, cada una de las lastras que componen la escena continua y al mismo tiempo hubiera sido más fácil establecer los distintos estilos, que acusan manos diferentes en la labra de la piedra. No era necesario acudir a un estudio monográfico y especializado, pues la realidad es que dicho estudio está ya establecido. Por otra parte, se hubiera podido indicar el lugar en que se conservan las piezas, pues como es sabido no todas se hallan expuestas en el Museo Británico.

Los editores se han detenido en una etapa en el camino que hubieran debido tomar desde un principio. Ello convierte su obra en algo más limitado de lo que verdaderamente hubiera podido ser. A fin de cuentas el público a que va destinada no puede ser muy exigente con consideraciones de estilos y cronologías y lo que en definitiva se ha buscado ha sido ofrecerle un bien ilustrado repertorio de la documentación escultórica de una obra sin par entre los monumentos de la antigüedad clásica.—GLORIA TRIAS.

E. BARRINGTON, Haynes: *Glass Through the Ages*. A Pelican Book, ed: revisada. Harmondsworth, Middlesex, 1959. 310 p., 96 láms.

Sin duda el título de la obra que rese-

ñamos ha sido escogido por los editores y no por el autor. En efecto, más de la mitad de la obra está dedicada a los vidrios ingleses y la tercera parte del total al vidrio inglés del siglo XVIII. Como se deducirá la desproporción es obvia y de ahí que el título no corresponda al contexto de Barrington Haynes.

Ello es tan flagrante que el propio autor se ve obligado a indicar que el texto de la parte primera es tan sólo una ojeada por encima a los vasos de vidrio fuera de las Islas Británicas. No pretende instruir sobre el tema, son sus propias palabras, sino fomentar su interés, indicando las fuentes a las que debe acudir quien quiera ahondar sobre esta materia.

Pero tampoco esto ha sido logrado. La ojeada sobre el vidrio, antes de Roma, ocupa apenas una docena de páginas, y en cuanto entramos en el capítulo de Roma nos encontramos con una falta de bibliografía esencial que alarma sobre manera. A pesar de que el autor hace uso de las obras de Fossing, Neuburg y Winfield Smith, echamos a faltar los nombres de las figuras más conspicuas: la obra clásica de Von Kissa y el trabajo de Pellichet, entre los más fundamentales. Todo ello representa en el fondo una superficialidad del tema, que ha sido colocado en el libro, exclusivamente para justificar el nombre. Si del Imperio Romano pasamos al vidrio español, veremos que éste queda despachado en una sola página, basada en el trabajo de Gudiol y Artiñano. Se habla del vidrio catalán, se comete el error de atribuir origen extraño a formas típicas hispánicas; se llama almorrata a la almorrata, y se cita la producción de la Granja.

Otra cosa es ya la parte que el autor dedica al vidrio inglés, cuyo conocimiento le viene de primera mano y sobre el cual ha trabajado arduamente, hasta el punto que puede considerarse una verdadera monografía.

En su primera edición, de hace ya once años, había estructurado esta segunda parte del libro como un canebás para la

clasificación de los vidrios ingleses del siglo XVIII, basado en especial en los enlaces y en la tipología de los mismos, entre las varias partes del cuerpo del vaso (los "stem"). Pero al ir trabajando sobre las tablas entonces formadas el autor ha ido ampliando con mucho el cuadro de los conocimientos, de forma que la versión que ahora nos ofrece es mucho más completa que aquélla.

En la sistematización de los "stem" ha llegado a conclusiones que parecen definitivas, desde el punto de vista de la cronología. Señala los diversos grupos, sus formas y sus fines; indica aquellas formas que son especiales y raras, y las que alcanzaron gran predicamento. Las fechas que se ofrecen son el resultado de una gran labor de índices y tablas tipológico-cronológicas, único pero difícil y laborioso método de alcanzar los resultados a que ha llegado Barrington Haynes.

Como labor previa se nos ofrece una terminología para cada uno de los tipos de vaso corrientes en el s. XVIII inglés, a fin de evitar la anárquica descripción de cada uno de los autores. Se ofrece la capacidad del mismo y los detalles más salientes del tipo, así como el tipo de bebida a que va dedicado.

En los vasos para bebidas y en algunos otros, la clasificación mediante los nexos de unión de las partes del mismo tiene valor cronológico hasta el último cuarto del s. XVIII, ya que entonces las formas de los nexos se hacen dependientes del cuerpo del vaso y pierden valor por sí mismos.

El índice cronológico de los nexos de la peana lleva al autor a considerar trece grupos entre 1685 y 1810, cuya vida media tiene una existencia de treinta años. Se comprenderá, con estos datos, el valor casi exhaustivo del trabajo de Haynes.

Las tablas de formas, del cuerpo, peana y pie, son asimismo de gran utilidad, aunque no tengan el mismo valor cronológico que los nexos indicados. Finalmente, es preciso hacer resaltar la seriedad con que han sido tratados los capítulos

referentes a los "vasos del período jacobino", tan lleno en otros autores de imperfecciones, y a los "vasos conmemorativos".

Un índice muy completo ayuda a la información en esta segunda parte del libro, que para nada necesita de la primera como no sea para justificar un título general, por lo común más atrayente que otro monográfico.—A. ARRIBAS.

ALFIERI, N.—ARIAS, P. E.: *Spina*. Sansoni Editore. Firenze, 1958. 83 páginas, 114 láminas

Este libro, producto de una colaboración de los investigadores italianos Nereo Alfieri y Paolo E. Arias, es una espléndida aportación a las colecciones de vasos griegos, de figuras rojas, ya publicadas, y tiene, por sí mismo, la categoría de un verdadero Corpus.

Comienza por un estudio histórico-topográfico de la localidad de Spina, a cargo de Alfieri. Usando citas de autores de la antigüedad y apoyado en una abundante bibliografía acerca de la expansión etrusca en general, y particularmente en la región transapenínica, lleva al lector a conocer el centro etrusco más importante de recepción de elementos culturales de la Grecia de fines del siglo VI, siglo V y mitad del IV; la localidad de Spina, situada en una de las bocas del Po, en la costa adriática, y perteneciente a la dodecápolis etrusca padana, punto de contacto de Oriente y Occidente.

Un trabajo de excavación laboriosísimo, pues siendo esta región zona pantanosa, fué necesario una previa desecación sistemática del lugar de emplazamiento de la etrusca Spina, ha puesto en descubierto el poblado y la necrópolis. Esta última ha dado, al fin, una compensación a tantas fatigas de los excavadores, presentando en las 3.023 tumbas excavadas (donde se da el doble rito de inhumación e incineración), una singular colección de vasos griegos, de figuras rojas, de la mejor época y de los mejores talleres, vasos que

pueden fecharse entre el año 510 los más antiguos, a mediados del siglo IV los más recientes. maestros del círculo de Nicóstenes, del ceramista Polignoto y del pintor de Aquiles... Junto a los grandes maestros se dan cita los pequeños maestros, los menos conocidos o los ignorados. Vasos de escenas solemnes, religiosas y míticas. Todo ello califica a Spina como una ciudad de floreciente comercio con Grecia y la más importante ciudad etrusca en el Adriático, a pesar de que no puede sobrevivir a la caída de la metrópoli.

A cargo de Arias está la descripción de los vasos reproducidos; hecha con gran minuciosidad va precedida de un estudio del autor del vaso (si es conocido) o del taller y seguido de abundante bibliografía.

Verdaderamente únicas son las fotografías debidas al maestro Max Hirmer, lo cual, unido a la espléndida presentación, a la que nos tiene ya acostumbrados la casa editorial Sansoni, hacen del presente libro un agradable y eficaz libro de consulta para el estudioso de cerámica griega.—A. SERRANO PEREZ.

THE SWEDISH CYPRUS EXPEDITION: Vol. IV, parte 3.^a: *The Hellenistic and Roman Periods in Cyprus*, por Olof VESSBERG y Alfred WESTHOLM. Estocolmo, "The Swedish Cyprus Expedition, 1956 (publ. 1957) 4.º, XXV-264 pp., 65 figs. y XXIV láminas.

En el transcurso del presente siglo los estudios arqueológicos en Suecia han experimentado un cambio notable. Con una tradición universitaria orientada fundamentalmente a los estudios de prehistoria europea y una tardía introducción de la enseñanza de la arqueología clásica, unos pocos años han bastado para que esta diferencia fuera compensada ampliamente. No es menester aquí insistir sobre este desarrollo actual y la significación de la investigación sueca en la arqueología clásica del momento presente, pero no estará de más recordar y agradecer la participación en este florecer de S. M. el

Rey Gustavo Adolfo, bien con su intervención personal, bien con su mecenazgo con respecto a los Institutos Suecos de Estudios Clásicos de Roma y Atenas o en la realización de la expedición sueca de Chipre o de Mesenia.

Este volumen representa el estado de la investigación de las épocas helenísticas y romanas en Chipre para el momento actual y gracias, en buena parte a los trabajos de la expedición sueca. Este volumen es un complemento indispensable a los volúmenes precedentemente publicados, pero también es una preciosa sistematización.

Se inicia el estudio con la parte dedicada a la arquitectura (A. Westholm, p. 1-52). Los restos de casas o son inseguros o poco completos. Fundamentalmente el estudio, con las debidas referencias, se limita a los templos, singularmente el conjunto de Soli, y las tumbas. Templos de tipo patio en general o relacionados (Salamina) con un ágora. Tumbas rupestres de tipo irregular o en cámaras rectangulares con nichos laterales o loculi, tumbas de pozo, continuando la tradición de la Edad del Bronce. El dominio ptolemaico explica las similitudes de algunos tipos con tumbas de la necrópolis de Alejandría. Las tumbas de cantería o los túmulos son raras en esta época.

Sigue a la parte de la arquitectura un capítulo dedicado a la cerámica (p. 53-81). Por ser este el principal objeto de nuestro estudio dejamos su análisis para el final de esta *recensión*.

El tercer capítulo (O. Vessberg p. 82-110) se dedica a la escultura. Base para el estudio de la plástica helenístico-romana en Chipre es el relieve funerario de Tremithousa en el Museo Británico.

La escultura helenística de Chipre entra por completo en los ideales estéticos de este período. De la serie destacan el dios de Voni y una cabeza de Arsos. La cronología de la Artemis de Larnaka se rebaja notablemente (del s. IV propuesto por Ohnefals-Richter se pasa a después de del 150 c. d. J. C.). Para una serie de piezas se ensaya su datación mediante la iconografía numismática o la relación y vinculación estilísticas con el material pergaménico.

El retrato imperial romano resulta notable el Caligula del Museo de Chipre, el Tito del Metropolitan, antigua colección Cesnola, atribuidos así por vez primera, al igual que un retrato de Santa Elena (París). No olvidemos tampoco el análisis de la gran estatua heroica, bronce, de Septimio Severo, procedente de Kythrea.

De los objetos menores (O. Vessberg p. 111-219) lo más interesante son las lucernas y los vidrios. Estos, sin embargo, ofrecen pocas novedades, puesto que habían sido objeto de dos precedentes estudios monográficos (*Opuscula Atheniensi*, I, p. 115 ss. y *Opuscula Archeologica*, VII, p. 109 ss.). A juzgar por las lucernas firmadas la importación occidental fué escasa. Sólo una lámpara (fig. 38, n.º 6) de las dos firmadas, debió ser fabricada al Oeste del Estrecho de Sicilia. Su fabricante (MA) sólo me es conocido por ahora en una lámpara de Vindonissa (Loeschkep. 411, n.º 618 y lám. III, número 618), en un ejemplar, sin procedencia, en Nápoles (CIL X 8053,125).

Creo seguro pueda excluirse una procedencia original africana. El repertorio, tal como lo conocemos en cuanto a decoración, es pobre, pero frecuente: roseta de ocho pétalos, concha o venera.

La otra lucerna firmada (EYTYXHTOS) debe ser de origen corintio o, si se trata de una imitación, se haría el molde sobre un ejemplar de fábrica corintia.

De interés la vinculación de decoraciones y tipos, que casi siempre se olvida, puesto que también el repertorio decorativo puede tener significación cronológica si convenientemente estudiado.

La personalidad del vidrio chipriota se destaca aquí desde su primera vinculación a las fábricas sirias a la adopción de un aspecto propio.

La orfebrería no es de interés espectacular "a se", pero contribuye a ello el hecho que se trata de materiales de excavación y procedencias bien establecidas. Concluye la obra un capítulo sobre la historia de Chipre desde Alejandro Magno hasta el Bajo Imperio.

La cerámica ha sido agrupada en dos se-

ries (I y II) para el período helenístico y tres (I-III) para la época romana. La cronología se basa en los ajuares de las tumbas y los elementos de datación del Mediterráneo Oriental (Agora de Atenas, Tarso, Antioquía, Palestina y Alejandría). Señalemos de paso una encomiable tendencia, por encima de todo personalismo, a la unificación de la nomenclatura.

En el primer período helenístico (325-150 a. d. J. C.) vemos una serie de importaciones y producciones locales de vasos áticos (?) lisos o con pintura del estilo que en Occidente se atribuye por sistema, y no siempre racionalmente, a Gnathia (i. e. fig. 21, número 21). El recensor, sin embargo, debe observar que, a su juicio, el vaso fig. 21, número 17 presenta una decoración propia de la producción vidriada, y a su juicio, si no hay datos en contra, pudiera colocarse mejor en el segundo período helenístico, puesto que por ahora no parece posible fechar la cerámica vidriada y la numerosa serie de skyphoi antes del año 100 a. d. J. C.

De interés la serie de unguentarios (figura, 24, n.º 22-34) y sus cronologías, tan distintas de las que se ofrecen en España.

Del segundo período helenístico, de interés el bol fig. 27, n.º 10. Los punzones usados para las cabras son los mismos que aparecen en el frecuente grupo antitético, si bien aquí utilizado de muy distinta manera. De interés el grupo de jarros de la fig. 27, números 22-23, que vemos en época imperial en el N. de África y exportados a España.

De las series romanas (I de 50 a. de J. C. al 150; II, de 150 a 250) vemos iguales tipos de unguentarios (fig. 30, n.º 15-17), de cuerpo piriforme, que en el Occidente mediterráneo. El jarrito de fig. 31, n.º 17, es un tipo de notable desarrollo en esta zona, con fondo más pronunciado.

En la III serie romana (después del 250) son de interés ((fig. 32, n.º 1 y 3) un plato y un jarro con decoración aplicada del tipo llamado de El-Aouja. La serie citada es del mayor interés. Esta cerámica, a juzgar por su distribución (añádase a la bibliografía C. V. A. *Copenhague*, fasc. 7), representa

una producción de una potencia comparable a lo aretino y a lo sudgálico. Dentro de los "corsi e ricorsi" de las industrias cerámicas romanas de época imperial, nos hallamos ante una empresa de empuje singular que beneficiándose de la navegación fluvial y marítima llega por igual al Rhin y N. de España que al Oriente Mediterráneo a Lombardía que al S. de España. Este estilo decorativo debió desaparecer con el triunfo de la cerámica, con decoración en negativo (estampada) en un momento no preciso del siglo IV, téngase en cuenta cómo el estilo decorativo aparece también en lucernas.

Esta cerámica (*Late Roman A*) no es de cronología segura en su desaparición (cfr. Westholm, p. 81), pero tampoco en cuanto a inicio el dato del sarcófago de Treveris, conteniendo uno de estos jarros, no resulta tampoco ilustrativo. De otra parte cuál fué la relación de esta producción con la cerámica lisa (*Late Roman B* o tercera sigillata clara), que aparece muy anteriormente, no resulta claro. ¿Es posible aceptar, dada la casi seguridad de que se trate de una producción africana, puesto que en ningún lugar es tan abundante este tipo de cerámica como en el N. de Africa, que frente a la potencia de las fábricas africanas de lucernas sólo a fines del Alto Imperio se fabricase esta cerámica decorada en Africa sin suponer algún ensayo precedente? ¿Puede aceptarse basándonos exclusivamente en los datos de Ventimiglia, que en el s. II se produzca un "vacío" en el Occidente (¡no en el Oriente!) mediterráneo de fabricación de cerámica decorada? ¿Podemos suponer que talleres como los de Lezoux con decoración aplicada o la serie de fábricas que utilizaron temas de guirnaldas y roleos con figuras carecieron de continuidad? ¿Puede explicarse una discrepancia de gusto tal que sólo Italia en Occidente carezca de cerámica decorada en este período o es mejor suponer una laguna en nuestros conocimientos?

El análisis detenido de otras especies cerámicas llevaría a un estudio del que no podemos ocuparnos. Señalemos si nuestra extrañeza por la ausencia en Chipre de las cerámicas vidriadas decoradas o la t. - s. de

Corinto. La serie romana de cerámica resulta, en contraste con la serie helenística, extremadamente pobre.

Síntesis precisa y análisis minucioso son las características de este volumen que constituye el adecuado remate de esta monumental publicación de los resultados de la expedición sueca, resultados que tanta luz han dado para el conocimiento de Chipre y de su significación en la historia del Mediterráneo Oriental—A. BALIL.

HATT, J. J.: *Histoire de la Gaule Romaine (120 Avant J. C. 541 après J. C.). Colonisation ou colonialisme?* Introducción de J. Carcopino. 405 págs., 9 mapas y 8 láminas. Payot. París, 1959.

Hatt, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Estrasburgo, acaba de publicar este volumen dedicado a la Historia de la Galia romana, en la que se plantea el interesante y sugestivo problema de conocer si fué su conquista y permanencia bajo Roma colonización o colonialismo. Es un libro de carácter eminentemente histórico más bien que arqueológico; aunque la Arqueología, como fuente de la Historia, esté manejada por el autor con maestría y dominio. Es un estudio que completa otros aparecidos en los últimos años, como el de P. Duval, *La vie quotidienne en Gaule pendant la paix romaine*, en el que se analiza interesantes aspectos internos de la Galia Romana. Hoy día asistimos a un reverdecimiento de los estudios sobre las distintas provincias del Imperio Romano; el presente volumen de J. Hatt precisamente aborda el tema de la proyección de Roma sobre una de ellas. Plantea el problema a lo largo de todas sus páginas el punto que viene anunciado en el subtítulo del libro: colonización o colonialismo? La Historia de la Galia está enfocada con ojos de historiador moderno al que preocupan, sin duda, problemas de la Historia contemporánea, que ya se plantearon en el Mundo Clásico. Son veinte capítulos consagrados principalmente a la Historia política, social y económica de esta parte del Imperio Romano. La historia

religiosa queda fuera del objetivo primordial propuesto por el autor. Una exhaustiva bibliografía cierra cada capítulo, y muchos de ellos terminan igualmente con una breve conclusión. Abre el libro unas páginas de introducción general sobre colonización y colonialismo. El primer capítulo es una sucinta, pero importante recapitulación sobre las relaciones de los celtas con el Mediterráneo, tema sobre el cual en los últimos tiempos vienen apareciendo estudios sobre la importancia de la Galia en la economía mediterránea a partir del s. VI a C. Hatt recalca muy bien el papel desempeñado por las rutas galas en las explotaciones mineras y el impacto de la cultura griega sobre el mundo céltico. En los restantes capítulos se sigue un orden histórico, agrupando las etapas en períodos naturales, como la Narbonense y el colonialismo republicano —la conquista de la Galia por César. Período de protectorado —Augusto y los fundamentos de la Galia Romana—, la Galia de Tiberio o Nerón, etc. Hatt ha logrado presentar, con gran acierto, la evolución de la conquista de la Galia y su transformación a lo largo de más de cinco siglos. El libro es un análisis bien logrado de la política interna de Roma en esta región del Imperio y su progresiva transformación. El autor va presentando el impacto de la cultura romana en la Galia y su peculiar y característica asimilación. Por otra parte, el libro no centra su análisis en el estudio de la Historia política de la Galia, sino que se ve obligado a revisar la repercusión de la vecindad de Germania y de otras partes del Imperio en ella, al mismo tiempo que su influjo sobre zonas limítrofes. En este aspecto para la Historia interna de Hispania es de importancia el libro de Hatt, por la similitud de fenómenos que se dieron a ambos lados de los Pirineos, principalmente hasta el final del primer siglo del Imperio, y en otros períodos. Este libro ilustra, por comparación puntos oscuros de la Historia hispana de los que estamos desgraciadamente mal informados.

El libro se lee con gran fluidez, merced al enfoque de tipo moderno con que presenta la Historia de la Galia. al mismo tiempo

es un estudio sobrio, en que los hechos fundamentales de la Historia se presentan con realismo y brevedad.

El último capítulo es de una importancia grande dentro del volumen; es una gran síntesis de la evolución de la Galia y del impacto de Roma; en el capítulo de conclusión responde al subtítulo del libro. Tres índices de ilustraciones, mapas y materias facilitan el manejo del libro.—J. M. BLAZQUEZ.

MORLET, A.: *Vichy Gallo-Romain*, Macon, éd. Buguet-Comptour, 1957, 4.º min. 303 pp. 196 figs.

De la serie de artículos que en revistas locales iba dedicando A. Morlet al estudio de Vichy en época romana, teníamos tan sólo noticias gracias a P.-M. Duval en las crónicas de *R. E. A.* Ahora por este volumen podemos tener un juicio de tales resultados y conocer una buena parte de los materiales de Vichy.

No conocemos lo suficiente la localidad para juzgar la parte dedicada a la topografía romana de Vichy (*Aquae Calidae*, no *Aquis Calidis*). Desearíamos empero que, aquí como en otras partes de este volumen, se dieran referencias bibliográficas completas y no tan sólo indicación de los autores. Especialmente para las inscripciones podían haberse indicado las equivalencias a C. I. L. XIII.

Seguramente, la parte más interesante de la obra es la dedicada a la industria y de sus distintas facetas la cerámica.

Para el recensor resulta de particular importancia el capítulo dedicado a la cerámica con vidriado de plomo. Lamentamos no poder utilizar el *Vichy gaulois* (Clermont-Ferrand, 1942) del autor a fin de poder conocer sus hallazgos de talleres prerromanos de esta cerámica. Imposible nos parece el influjo que se atribuye a Grecia en esta producción (que en contra de lo que se afirma no se desarrolla en el s. III. a. d. J. C. y nada tiene que ver con las faenzas egipcias, pese a ser error muy difundido) y nos parece acesoria la discusión de "prioridades" (p. 41-41) entre Saint-Remy-en-Rollat y Vichy.

Muy interesante el análisis de los decorados vegetales (p. 43-47 con figs. 18-19). Para nosotros la temática, al contrario de lo que cree Morlet ("Elle recherche... les stylisations et la fantaisie irrationnel du style de La Tene"), y el repertorio son puramente mediterráneos. Sea en los talleres sirios con vidriado, sea en Arezzo, pueden hallarse todos los temas representados en la decoración vegetal de Vichy.

Sobre las "tasses de Vichy" tampoco vemos la necesidad de recurrir como modelo a la "coupe celtique en bronze", tras una alusión al skyphos griego (léase helenístico). No es menester recurrir de nuevo a la comparación con la toreútica en el período comprendido entre el 50 a. de J. C. y el 50 después d. J. C. Compárese la forma con el tipo VII de Dragendorff para lo aretino (cfr. Dragendorff-Watzinger: *Arretinische Reliefkeramik*, 1948, p. 25) o dos vasos vidriados del museo de Nápoles. (Inv. número 133.315-16.) No hubiera sido de más que se hubiera indicado cuáles de tales copas fueron ya publicadas por Dechelette, lo cual evitaría fatigas superfluas al lector.

De interés el vaso de la figura 22, a p. 52 (aunque no se nos alcanza la razón de situar esta pieza y las siguientes en este lugar, escindiendo el grupo de la cerámica vidriada. El vaso de la figura 23 es, a nuestro juicio, de Lezoux (lamentamos no disponer aún de Stanfield y Simpson: *Central Gaulish Potters*, 1958). Así, la figura de Mercurio (mal descrita) es Oswald, número 526-27 (=Dechelette 296-96 A), Neptuno no parece identificable pero el tipo de Diana debe ser Oswald 106 (=Dech. 64). La cronología (Trajano-Antonino) parece bien establecida, pero tales punzones fueron utilizados por demasiados ceramistas (cfr. Oswald: *Figure-types...* cit, passim), para aceptar tan sólo con esta base la identificación como obra de Advocisus.

De interés muy notable la cantimplora vidriada (figura 25 a p. 56), pero no creemos que su decoración aluda al centro termal, y más peligrosa es la interpretación simbólica a propósito del ejemplar de la figura 26 (sobre el cual véase F. Fremers-

dorf, en *Mainzer Zeitschrift*, 1951/52, p. 13 siguientes).

Sobre la interesante serie de oenochoai estamos de acuerdo con el A., en contra de Dechelette, que el prototipo no debe ser el *lagynos* de la necrópolis de Ancona (Dechelette, *Vas. Orn.* p. 41 ss.; F. Barbabei: *Ancona. Di un rarissimo fittile...* en *Not. Sc.*, 1892 p. 80 ss.; otros derivados del *lagynos* u olpes decorados en Walters: *Rom. Pott...* p. 16 fig. 8 o Dragendorff en *B J.*, 101, 1896, p. 144 fig. 8) y más bien tipos en metal. Pero probablemente este tipo no fué creado en Vichy, como tampoco en Vichy se creó el perfil carenado. El vaso de figura 35 p. 71 puede hallar por igual sus prototipos en la primera producción sudgálica, que en la aretino de los tipos II y IIIa-d. Aparte ello otros talleres de cerámica vidriada conocieron suficientemente el tema de gallones, que tan extraño resulta para el autor.

De gran interés es el vaso de la forma 74, publicado en la figura 54 (cfr. para esta producción de Lezoux G. Simpson: *Metallic. vases...*, en *Ant. J.* XXXVII, 1957 p. 29, ss. y para este vaso n.º 20 y siguientes) o el molde de figura 55 (Simpson, *op. cit* n.º 30).

Una modalidad interesante de la industria de la cerámica gala, con decoración aplicada en su proceso de fabricación, aparece ilustrado por el fragmento de la figura 67. Se trata de un vaciado de una placa matriz, análoga a las que aparecen en Arezzo y estudiadas por Stenico.

Las lucernas son muy pocas. La ilustrada en la figura 73 es de la fábrica de Lyon y aparece con cierta abundancia en Vindonissa (Loeschcke: *Roemische Lampen aus Vindonissa*, 1919, p. 62 ss. y n.º 473-83 a p. 212-13. Simonet: *Fuehrer durch das Vindonissa-Museum*, 1947, lam. XXXVIII, a n.º 3). Un estudio más detenido merecerían las numerosas figuritas de terracotta.

De lamentar que (p. 207 ss.) la mayoría de las representaciones y decoraciones en t.-s. sean, sistemáticamente, consideradas como representaciones de danzas. A juicio del recensor esto sucede tan sólo con la

bacante de la figura 147 (Oswald 347=Dechelette 219). La figura 195 corresponde a Oswald 1139 (=Dechelette 641). El Anubis de figura 191 es el punzón Oswald 549 (=Dechelette 300).

No disponiendo del *Recueil...* de Esperandieu, lamentamos sobremanera no poder tratar de las series de esculturas, las cuales ofrecen ejemplares de cierto interés.

En resumen, una obra de lectura placentera y que tiene el mérito de ilustrar notablemente el mundo, tan poco conocido aún, de las industrias cerámicas de Vichy. A los precedentes croquis de Dechelette se unen aquí fotografías suficientes, que permiten un más fácil estudio de tales materiales.—A. BALIL.

ROBERTSON, M: *La peinture grecque*. Skira. Ginebra, 1959; 193 págs. y 100 figs.

La excelente colección de libros de Arte, fundada y dirigida por Alberto Skira, se acaba de enriquecer con un magnífico tomo, consagrado a la pintura griega, de cuyo texto es autor el profesor de Londres Martín Robertson.

La concepción del libro y su presentación obedece al prototipo a que responden los restantes volúmenes de esta colección, en la que, dedicados a la pintura antigua, han aparecido: *Lascaux*, *La peinture égyptienne*, *La peinture étrusque* y *La peinture romaine*, a cargo, respectivamente, de G. Bataille, A. Mekhitarian, M. Pallottino y A. Maiuri. Estos libros van dirigidos al gran público, mas su contenido ha sido trabajado por los mejores especialistas en la materia, que han trazado una breve pero enjundiosa síntesis. La presentación ilustrativa siempre ha sido soberbia. En este aspecto el libro de Robertson no tiene que envidiar absolutamente nada a los mejores de la serie. Si cabe los ha superado; todas las reproducciones son auténticamente espléndidas, tanto por el colorido como por el tamaño. En este punto el esfuerzo de la colección Skira por presentar un material fotográfico de la más alta calidad, tratándose de obras de arte ejecutadas en color, es su-

mamente laudable y la única manera de que el lector encuentre un posible sustitutivo de la contemplación directa de las obras artísticas, que en su totalidad, la más de veces, es imposible observar por encontrarse desperdigadas en multitud de lugares diferentes. En un libro como el que enjuiciamos con sólo ojear las figuras el lector obtiene una impresión bastante aproximada de la evolución de la pintura griega. Desgraciadamente un libro sobre pintura griega queda reducido, en la casi totalidad de sus páginas, a un estudio de la pintura vascular, reflejo de la gran pintura que adornaba los edificios, hoy perdida. Las posibilidades que ofrecen las pinturas de los vasos, como reflejo de la otra pintura, están estudiadas al máximo en el libro de Robertson, que maneja muy concienzuda y discretamente las fuentes antiguas sobre pintura griega.

La síntesis del autor es vigorosa, al mismo tiempo que profunda. Ha elegido en cada período las obras verdaderamente cumbres y auténticamente significativas, para centrar sobre ellas el análisis. Las piezas están seleccionadas con acierto. Robertson ha intercalado de vez en cuando alguna bella muestra, entre las poquísimas llegadas a nosotros, de pintura no vascular, que contribuyen a un más exacto conocimiento del tema, como el fragmento de metopa de estilo corintio, pág. 50, los fragmentos de altar, del mismo estilo, con león y con pigmeo, págs. 78-79, los mosaicos últimamente aparecidos en Pella, o las pinturas sobre losas sepulcrales esparcidas a lo largo del volumen.

El tema se aborda en su totalidad en siete grandes capítulos precedidos de uno de carácter introductivo. La edad de Bronce, los comienzos de la pintura griega, la pintura clásica y la pintura helenística.

En la introducción se toca aspectos fundamentales y generales del problema, como el color en el arte griego, la desaparición de la pintura monumental, la pintura vascular y sus relaciones con los restantes géneros de pintura, sus reflejos en la cerámica pintada, testimonio de la contribución artística en la tradición literaria, etc.

En realidad, en todos los capítulos se agotan las distintas fuentes sobre la pintura de un determinado período, siempre entrelazando el estudio de la pintura vascular con la de los escasos testimonios conservados de otros géneros y con el manejo de la fuente literaria sobre el tema, cuando existen, desentrañando y señalando las características de cada período y la evolución artística. En el último capítulo dedica especial atención al estudio del mosaico, que reflejan en su colorido la pintura monumental. Se dedican las últimas páginas a las pinturas murales y a los originales griegos perdidos, con lo que el tema está tratado por el autor en su totalidad.

El estudio de Robertson sobre la pintura griega es un estudio realizado con pleno dominio del asunto; es una síntesis valiente, al mismo tiempo que profunda, manejable por el especialista en arte clásico al igual que por el gran público, que presta atención al arte en general; una selecta biografía encabeza el libro y un índice de nombres, de autores citados y de ilustraciones, facilitan su manejo y consulta.—J. M. BLAZQUEZ.

CHARBONNEAUX, Jean: *Les bronzes grecs*. Presses Universitaires de France, París, 1958. 146 págs. XXXI láms. y 21 figs.

Charbonneau es autor conocido de todos los estudiosos del Arte griego, al que ha consagrado diversos estudios monográficos sobre sus distintos períodos artísticos, el arte egeo, la escultura griega arcaica y la escultura griega clásica, la escultura griega del Museo del Louvre. Hace ya bastantes años (1936) que publicó un libro de la misma estructura que el ahora reseñado; en él acometía el estudio de las terracotas griegas; en éste aborda el análisis de los bronzes griegos, en doce capítulos repartidos en tres partes. El primero se consagra a generalidades y técnicas sobre la materia; es decir, las técnicas del bronce y formas e instrumentos. El autor es breve en el estudio, al mismo tiempo que éste es completo. La segunda parte constituye la mé-

dula del libro; sus cincuenta y seis páginas son una síntesis acabada de la bronzística griega, desde la etapa prehelénica hasta el período helenístico, en cinco capítulos. Probablemente el más difícil de trabajar y el mejor logrado en su estudio es el tercero, cuyas páginas versan sobre los bronzes arcaicos. Charbonneau es breve en la exposición, al mismo tiempo que sumamente claro en el análisis de los diversos talleres. Se encuentran bien señaladas y presentadas las características de las escuelas. Figuras bien representativas ilustran el contenido del texto.

La tercera parte se refiere a las colecciones y coleccionistas, donde plantea problemas tan sugestivos dentro del tema, como el de las imitaciones, falsificaciones, conservación y restauración de los bronzes, comercio de las piezas y su presentación en las colecciones públicas y privadas. Esta última parte completa el estudio sobre el asunto central. El autor es el conservador en jefe del Museo del Louvre y sin duda ha querido presentar y resolver una serie de cuestiones sumamente importantes y que generalmente no rozan los especialistas. Excelente bibliografía, dividida por épocas, acompaña al libro. Cada figura lleva una breve descripción.—J. M. BLAZQUEZ.

la Galia Romana—, la Galia de Tiberio o lumen IV. *Greek Lamps and their Survivals*. The American School of classical Studies at Athens. Princeton. New Jersey, 1958. 252 págs+56 láms.

El volumen cuarto de la publicación de la Escuela Americana de estudios clásicos en Atenas está consagrado al análisis de las lucernas griegas y a su perduración en el primer período de ocupación romana de Atenas. El libro es de un extraordinario interés, ya que las lucernas griegas han sido motivo de menor interés, por parte de los investigadores, que la cerámica romana. El autor ha seleccionado una tercera parte de las lucernas griegas halladas en el Agora ateniense, cuyo estudio ofrece hoy al público. Ha elegido las piezas auténticamente

significativas para fijar una cronología del tipo al que pertenecen, las que se encuentran bien conservadas, las que ofrecen particularidades notables como grafitos, pinturas o letras, y las que se apartan por su tipología de los grupos establecidos y pueden considerarse como variantes. El estudio se ciñe a las lucernas fabricadas o utilizadas en Atenas. Sin embargo Hubbard, al encontrarse con piezas de importación, se ha visto obligado a acometer el estudio de los posibles talleres de fabricación, lo que convierte a este volumen en un libro auténticamente imprescindible para el estudio de las lucernas griegas en general. Igualmente se presta atención a los factores que determinaron la exportación de lucernas atenienses a otros centros del Mediterráneo. El autor se refiere a piezas de colecciones públicas y privadas, siempre que ellas contribuyan a establecer una cronología, morfología y vías de comercio más precisas. Hubbard ha establecido cincuenta y ocho tipos diferentes, dentro de los que clasifica el numeroso material recogido en el Agora de Atenas. Un breve análisis de las características de cada grupo precede al tipo, al que sigue una breve descripción de las lucernas. Se presta especial atención a los grafitos. Veintiuna láminas de perfiles son de un valor extraordinario para la clasificación inmediata de las lucernas griegas, dentro de la tipología establecida por el autor.

El presente libro es una aportación fundamental al estudio de las lucernas griegas; para el arqueólogo constituye un instrumento imprescindible para determinar la cronología de un yacimiento, siempre que en él aparezcan lucernas griegas.—J. M. BLAZQUEZ.

ROBINSON, H.: *The Athenian Agora*. Volumen V. *Portery of the Roman Period. Chronology*. The American School of Classical Studies at Athens. Princeton. New Jersey, 1959. VI + 140 págs. y 76 láms.

El autor ha abordado en este volumen el estudio de la cerámica romana encon-

trada en el Agora de Atenas, en las excavaciones efectuadas por la Escuela Americana de Estudios Clásicos. La numerosa cerámica que aquí se analiza procede en parte de niveles de habitación y en parte de diversos depositivos, tales como cisternas, etc. La cerámica ha aparecido en gran cantidad, por lo que se ha impuesto una selección. La importancia de este estudio es excepcional, como el autor reconoce en el prólogo, ya que proporciona una base firme para establecer la cronología relativa y absoluta, y la tipología de la cerámica en el Mediterráneo oriental, en época romana.

Las cerámicas estudiadas por Robinson pertenecen al período comprendido entre la mitad del s. I y el s. VII.

Tarsus, Antioquía y Atenas, son los centros que principalmente han incrementado el conocimiento sobre la cerámica del Mediterráneo oriental romano; pero, mientras las cerámicas recogidas en los dos primeros centros han proporcionado un repertorio grande de talleres y de motivos decorativos, han sido las halladas en el Agora de Atenas, por los norteamericanos, las que permiten una cronología, tanto relativa como absoluta, más exacta.

El autor ha clasificado las cerámicas atenienses en ocho grupos, varios de los cuales proceden de niveles con estratigrafía, lo que permite proponer una cronología muy corta. Robinson, al comienzo de cada grupo, presenta sus características determinando su cronología y la situación en que fueron halladas. A continuación pasa a realizar una ficha de las piezas, agrupándolas por fábricas, vasos cerámicos, samios, de la orilla occidental o pertenecientes a otros talleres; dentro de cada apartado se señala su tipología y la presencia de grafitos, cuando éstos existen, al mismo tiempo que se describen sucintamente cada pieza. Una serie de notas avalaron la descripción de las cerámicas, en las que se tratan importantes puntos relacionados con diversos aspectos de estas cerámicas. Al libro acompaña un índice de los depósitos, en los

que se señala su cronología y la naturaleza de ellos; un inventario y catálogo de los números y un índice general. El número de cerámicas reproducidos es muy elevado.

Tres láminas se dedican a recoger grafitos, trece a presentar los perfiles de los vasos de cada grupo, dos a secciones y planos de depósitos; la última es un plano general del *Agora* ateniense en la actualidad. Todo lo cual convierte el volumen de Robinson en un estudio perfecto sobre las cerámicas atenienses de época romana, imprescindible para el estudio tanto de las cerámicas de la orilla oriental del Mediterráneo, como probablemente para la cerámica romana en general. Mérito grande del autor es establecer una cronología relativa y absoluta, de términos muy precisos—J. M. BLAZQUEZ.

VOLBACH, W. F.-HIRMER, M.: *Arte paleocristiana*. Sansoni, editore. Florencia, 1958. 120 págs., 258 láms. y 31 figuras dentro del texto.

El volumen que reseñamos es un libro magníficamente presentado, muy del gusto y de la línea seguida por los editores e investigadores en el momento actual.

En él hay unas soberbias reproducciones, muchas en color, en la que la perfección en la presentación, y en la fotografía llega al máximo que pida el lector más exigente. A cada figura acompaña una breve explicación. La novedad de este estudio que avalora sus páginas considerablemente y que le convierten en un instrumento de trabajo de primer orden, consiste en que el análisis de las distintas piezas artísticas sigue una exhaustiva bibliografía, y en la misma explicación van intercaladas las obras fundamentales sobre el tema.

En el libro se estudia el arte paleocristiano en su totalidad y variedad, lámparas de bronce, pinturas, arquitectura, escultura, sarcófagos, mosaicos, marfiles, columnas conmemorativas, orfebrería, telas, etc. Se han seleccionado las obras auténticamente

representativas, desde Diocleciano hasta el s. VIII. Sobre ella se centra un breve y profundo estudio monográfico, al que realzan las figuras intercaladas que en su totalidad son plantas son plantas y planos de edificios.—J. M. BLAZQUEZ.

GIULIANO, Antonio: *Catálogo dei Ritratti romani del Museo Profano Lateranense* (con una introducción de Filippo Magi), Ciudad del Vaticano, Tipografía Poliglota Vaticana, 1957 (publ. 1958), folio, xii-103 pp. lxiv láminas.

Los Museos Lateranenses son probablemente los menos conocidos y valorados museos del Estado de la Ciudad del Vaticano. Pese a ser sus comunicaciones con el centro de Roma mejores que los Museos Vaticanos, sin desmerecer sus fondos, pese a su menor riqueza, producen a todo visitante una clara impresión de hallarse ante los "hermanos menores", o mejor los "parientes pobres". Lo fosilizado de las instalaciones, la vetustez de los letreros va acompañada de ciertas dificultades en la visita (alterna con el Museo Misional). En otros campos sucede lo mismo. Las colecciones fotográficas más asequibles (Alinari, Anderson, etc.) contienen pocos materiales de los Museos Lateranenses y lo mismo sucede con los Archivos Fotográficos Vaticanos. Faltan buenas guías o catálogos, puesto que el famoso de Bendorff y Schoene (de 1867) carece de ilustración, el de Garucci (1861) es incompleto y las publicaciones de Marucchi carecen de ilustraciones suficientes. Excepción el catálogo de los mosaicos (1908) del barón Bartolomeo Nogara, con ilustración suficiente.

Este catálogo de los retratos podría sentar las bases de lo que pudiera ser una colección paralela a los "Monumenti Vaticani" y muy especialmente de un catálogo suficiente de la sección de escultura comparable al de Amelung-Lippold para los Museos Vaticanos. De tiempo Italia goza de investigadores más que competentes para realizar un trabajo de este tipo y no existen las dificultades que existieran en otros tiempos para

su realización. En el prólogo se alude a un proyecto de catálogo original del barón Nogara y es de esperar que G. se dedique a su preparación.

Se estudian en este volumen ciento dieciocho piezas, en su mayoría inéditas. Cien de ellas son retratos desde el período republicano (representado tan sólo por tres estelas) hasta el s. IV (tres retratos). En dos apéndices se estudian trece estatuas y torsos sin cabezas (I) y cuatro retratos modernos (II).

Las papeletas comprenden la cota topográfica, material y conservación, procedencia, descripción y estudio. Bibliografía y fotografías disponibles (la mayor parte han sido realizadas exprofeso por el conocido fotógrafo romano Sansaini).

El estudio es muy cuidado, claro y metódico; la ilustración muy abundante, puesto que si prácticamente todas las piezas se ilustran con fotografías de frente y perfil, no son pocas las ilustradas con tres y cuatro.

La posición del a. es crítica y prudente. Así en lo referente a la identificación de los retratos de los príncipes julio-claudios el a. muestra las dificultades y se muestra escéptico con respecto a las posibilidades que los actuales elementos de juicio ofrecen.

Un problema ofrecen los retratos de la tumba de los Haterios. Especialmente la cronología (del retrato femenino con respecto al masculino). Fundamentalmente, los elementos cronológicos que disponemos proceden de los retratos imperiales, sean o no en monedas. Es decir, fuentes oficiales que nos revelan unas modalidades y usos puramente oficiales. Así dentro el ambiente de la Casa Imperial nosotros conocemos la introducción o abandono de ciertas modalidades de tocados. Menos informados estamos ya en la transmisión de tales usos a la burguesía y la pequeña burguesía artesana en Roma ciudad y nada casi en el caso de las provincias. Aparte modalidades locales existen aquí posibilidades de discronías. Egipto nos ofrece cierta documentación y en cierta abundancia y pueden observarse diferencias muy notables, como ya destacaron Pedrizet, Grandor

o Edgar, y no es difícil observar en otros lugares apariciones de peinados de los últimos años del s. I, en la época de Adriano.

Evidentemente, es aún mucho lo que queda por realizar en el estudio del retrato romano, sin que continuemos limitando las actividades a lo simplemente iconográfico-identificativo o cronológico. Aún los votos de Wickhoff, a propósito de la catalogación de retratos quedan por cumplirse singularmente, el N. de Africa y el Oriente romano ofrecerían (especialmente siempre y cuanto los señores directores de museos e incluso en algún país los señores ministros quieran permitir estas investigaciones) muchas posibilidades y nos brindarían el conocimiento de nuevos aspectos de los idearios y de la cultura artística de tales zonas.—A. BALIL.

TARRADELL, M.: *Lixus. Historia de la Ciudad. Guía de las ruinas y de la Sección de Lixus del Museo Arqueológico de Tetuán*. Instituto Muley el-Hasan. Tetuán, 1959; 78 págs. con un plano y 40 láminas fuera de texto.

Señalemos en estas páginas la aparición de la Guía de Lixus con la que el Instituto Muley el-Hasan ha querido poner a disposición del gran público las primicias de los resultados obtenidos en las excavaciones del gran emporio atlántico que fué Lixus, la más importante de todas las ciudades del antiguo occidente africano.

Desde 1948, múltiples campañas sistemáticas de excavaciones realizadas bajo la experta dirección del Profesor Miguel Tarradell, han permitido por primera vez ofrecer un panorama armónico del desarrollo de la historia de la bella ciudad africana, cuyas citas en las fuentes clásicas, con ser numerosas, ofrecen una parquedad desesperante.

La publicación periódica de trabajos científicos durante los pasados años, ha informado a los estudiosos sobre el desarrollo de las excavaciones, lo que hace desear la pronta publicación de la gran monografía que la ciudad de Lixus merece. Sin embargo, el gran público, desconocedor del deta-

lle sólo podía comprobar, con asombro, cómo de año en año se enriquecía el Museo de Tamuda con ricos materiales de Lixus hasta constituir prácticamente la sección más importante. El Instituto Muley El-Hasan, con la edición de la presente Guía ha querido subsanar esa falta de información del gran público y aun del estudioso no iniciado en las antigüedades concretas de Lixus.

Sólo el excavador de Lixus podía sintetizar de modo magistral, en breves páginas, la fecunda labor realizada durante todos esos años y ofrecer una guía completísima, con rigor científico y amenidad de lectura, a la vez sólida y ágil, en la que las diversas partes del texto se complementan entre sí.

En breve introducción obligada, el lector se familiariza con la topografía de Lixus, vertiendo desde la gran meseta de El-Heri, por su ladera meridional, y sus posibilidades económicas a base de una industria esencialmente marinera. Tras una sucinta reseña de las fuentes históricas antiguas y de las diversas campañas de excavaciones, Tarradell traza un esquema fidelísimo del proceso histórico Lixita que divide en cuatro períodos: Epoca fenicio-púnica, desde su incierta fundación en el transcurso del siglo VI hasta el año 143 a. J. C.; una segunda etapa rica y floreciente, rodeada la ciudad de espléndida fachada amurallada, corresponde a la época brillante de la monarquía mauritana, hasta la creación hacia el año 42, a. J. C., de la provincia romana de Mauritana Tingitana. Lixus, económicamente autónoma, goza de máxima prosperidad sostenida por el volumen de sus exportaciones a Roma y a todo el Mediterráneo. El tercer período abarca los buenos siglos romano imperiales, durante los cuales Lixus mantiene su riqueza, pero pierde el estímulo, se estanca y es sobrepasada en importancia por otras varias ciudades africanas que disfrutaron de una mayor protección imperial. Como todas ellas, la ciudad sufrió una gran destrucción en el transcurso del siglo III, pero a diferencia de otras ciudades no se abandona, sino que en ella continúa la vida pujante por lo menos has-

ta después del siglo V, lo que constituye el cuarto período de su historia.

Después de la destrucción del siglo III, la ciudad se renueva. Nuevas murallas tienden a defenderla de un peligro desconocido que la amenaza por tierra, pero sus relaciones marítimas le aseguran aún una etapa de vida rica durante el siglo IV. Se cristianiza, como parece indicarnos su basílica, tempranamente. Pero una ciudad, cuya verdadera riqueza consistía en las exportaciones de salazones, estaba condenada a morir definitivamente cuando cambiaron las condiciones generales del ámbito mediterráneo después de la gran invasión de los pueblos bárbaros por la degradación de la estructura ciudadana, que fué el resultado más notable de ella, y por las económicas que caracterizan de modo uniforme las recién nacidas monarquías occidentales. La desaparición del comercio regular en el mediterráneo en el siglo V y el desplazamiento del centro de gravedad del Mediterráneo hacia Bizancio, luego, arruinaron definitivamente a la ciudad cuyo proceso lento de despoblación y ruralización puede seguirse hasta después de su islamización, adquiriendo importancia luego el núcleo de población situado en el actual Larache, destinado a ser la humilde continuadora de la gran ciudad.

En una segunda parte, se estudian las instalaciones de materiales de Lixus en el Museo de Tetuán, con breves análisis y descripciones de las principales piezas: escarabeo púnico de fabricación cartaginesa con el nombre del famoso Tutmes III; la esfinge marmórea que adornó el trono de una divinidad cartaginesa; el maravilloso relieve bronceo de Baal Hadad; los grupos escultóricos de Heracles y Anteo y de Teseo y el Minotauro; de Leda, etc. También se describe la rica colección de mosaicos que por sí solos justificarían las excavaciones, los de Venus y Adonis, de Marte y Rhea, Las Tres Gracias, el de Helios, de Paphus, el del cortejo Baquico, etc. Nada mejor que estas sabrosas descripciones de las piezas capitales de Lixus como corolario de la estructura histórica que se ofrece en la primera parte, pues nos muestra en realidad el

alto grado de helenización y romanización que Lixus alcanzara principalmente en el segundo y tercer períodos mencionados, lo que causa verdadero asombro si se tiene en cuenta su situación en el extremo occidente de la oikumene.

Cuarenta magníficas láminas avaloran esta publicación que todo visitante del Museo de Tetuán agradecerá al Instituto Muley el Hasan y le moverá a la visita de las ruinas de Lixus como complemento necesario.—J. MALUQUER DE MOTES.